SUEÑOS ENQUISTADOS

GUILLERMO FRANCO

© **Guillermo Franco**
© **de esta edición: Editorial Rosalba, 2025.**

info@rosalba.com.py
www.rosalba.com.py
EditorialRosalba
editorial.rosalba

Colección Hipálage #22

ISBN: **978-99989-74-22-7**

Dirección editorial: **Pablo Muñoz**

Ilustración de portada: **David Bueno**

Diagramación: **ADAM (Daniel Ayala)**

Impreso en Paraguay

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

SUEÑOS ENQUISTADOS

GUILLERMO FRANCO

Colección Hipálage 22

EDITORIAL ROSALBA

A.G.

Tengo a Dios encerrado en tu pupila, condicionado a hacerte eterna.

Cuando el cielo se acogote de estrellas, cuando se apiñen tanto que sean la harina que llene un silo entero, ahí, tal vez, amenacen el destello de una sola de tus pestañas.

Y sé muy bien que tú estarás, en la espuma de mi sangre, en el caudaloso río que me botó en este rincón de barro. Cometeré los mismos errores, tropezaré donde haya tropezado, en un retorno infatigable. Al cortarme el cordón sabré que ya estaré cerca de ti, en las huellas de tus zapatos gastados, en los pastelitos forjados por manos que conocieron la primera chispa y ahora hojean libros que aún no se han escrito. Tú no sabrás, pero yo estaré, en cada página y en cada llanto y cuando llegue el día iré temprano, me sentaré al otro extremo de la mesa y veré tu rostro entre otros rostros. Mirándote de costado por temor a enloquecer.

Pero ya es tarde, cometí un crimen. Tengo a Dios encerrado en tu pupila, condicionado a hacerte eterna. Sostengo la mano de Dios, tiene dedos blancos y uñas finas, tiene lunares en las muñecas, el cabello negro y timidez en los ojos.

SUEÑOS ENQUISTADOS

A Edwin se le enquistaron los sueños. El primero le apareció detrás de la oreja, entre la mugre y los rulos grasosos. Pensó que era un grano de esos que hay que reventar con algo grande y punzante, un destornillador, tal vez, pero después de consultar con su tía Celestina ella le dijo que bastaba con frotar la protuberancia con sal gruesa y tirar los granos al fuego; parte de las instrucciones era que después de haber lanzado los granos, uno debía alejarse lo suficientemente rápido de las llamas para no escucharlos reventar.

Así lo hizo hasta que la protuberancia se desprendió y cayó al suelo como un globito de agua. Edwin la levantó y vio que en su interior algo se movía: era él de niño, jugando fútbol en la mejor liga europea y levantando la orejona. ¿Era su primer sueño? Al menos el que mejor había estructurado a tan corta edad. Al que desistió después de haber metido un gol en contra en unos cuartos de final en un torneo de barrio.

Pese a la amargura, eligió una cadena de hierro, le sacó el óxido como mejor pudo, pinchó la pelotita y la colgó de su cuello como accesorio. Los que vendían chespi a cacharrata podrían tener las cadenas de oro más gordas, pero ¿quién podía tener colgado del cogote una pelotita que contuviera un sueño completito?

Ostentó la cadena con total impudicia. Pese a que iba todo rotoso, empujando la carretilla por los laberintos del mercado, con olor a aceite reutilizado y un desodorante que se empeñaba en tener el efecto contrario, Edwin caminaba orondo porque estaba seguro de que nadie tenía algo igual colgando del cuello.

—¿Qué *pio* es eso, *váiro*? —dijo su amigo.

—Un sueño enterito —respondió Edwin, sobrando.

—Por diez mil te compro *ahoraité* —propuso el amigo. Sin comprender realmente lo que era aquella esfera.

—Ni loco. *Ndaipóri výro* —respondió Edwin.

—Veinte mil *ahoraité. Hakúre* —retrucó el otro.

Edwin no era tan boludo para rechazar esa oferta. Veinte mil equivalía a un soyo con tortilla, picante incluido, y una lata de cerveza. Dejó ir su primer sueño por una suma estrafalaria y pensó en lo imbécil que era su amigo y cómo la gente soltaba plata tan fácilmente.

—*Itavylája* los perros —dijo para sí mismo.

Esa noche llegó a su casa satisfecho. Explotó las ampollas que tenía en las manos, como de costumbre, y prendió la tele para embrutecerse como Dios manda. Las opciones no eran muchas, pero eran igual de estimulantes. Entre el morbo y la lujuria optó por el primero, porque tenía las manos muy adoloridas por haber empujado la carretilla todo el día y puso el noticiero para saber a qué celebridad habían asesinado esta vez. En la tele estaba su amigo, con una facha que no podía asimilar, la misma cara de mandril, pero la ropa que ahora usaba era cara, se notaba porque el logo que tenía la remera casi no se podía ver. «José Reyes, oriundo de la ciudad de Capiatá, de oficio cuidacoches en el microcentro asunceno, ha sido el fichaje más inesperado de la temporada. Cincuenta millones de dólares para jugar por la Vecchia Signora», decía la periodista.

Edwin hizo un esfuerzo sobrehumano para unir los puntos. ¿A qué se debía que su amigo disfrutara de un éxito tan inesperado? Si a la mañana nomás le había jodido un veinte mil por la pelotita que contenía su sueño y ahora andaba en un Lamborghini. Toda la energía que adquirió con el soyo con tortilla fue dirigida a sus neuronas,

a las dos que guardaban menos distancia entre sí, el soyito con tortilla fungió de combustible para unir esos dos chisporroteos exangües que estaban separados por un abismo enardecido de ecos, y esta fue la conclusión a la que llegó:

—*Isuerte ko tembo.*

Edwin se durmió rabioso, pero a la mañana siguiente todo se había esfumado gracias a la magia de la rutina. Lo único que tenía en mente era que tenía que empujar, una vez más y solo Dios sabía cuántas faltaban, la carretilla por sinuosidades encriptadas que solo unos elegidos como él podían descifrar. Llegó a la tienda y saludó al dueño. Esperó a que el primer cliente saliera cargado de bolsas para poder ofrecerle sus servicios. Lo que lo motivaba era pensar en el almuerzo. ¿Hoy tocaría una marinera con arroz blanco o un puchero hakumi asy? Se deleitó con la fantasía de ser millonario para poder comer todo lo que quisiera, a la hora que quisiera, sin necesidad de tener que levantarse temprano para llevar de aquí para allá las pertenencias de los demás a cambio de unas monedas.

Después de tanto fantasear con riquezas le empezó a picar el pecho. Otra protuberancia se asomaba entre su tetilla izquierda y su axila. Se inspeccionó al igual que un chimpancé que busca garrapatas en su piel y en la nueva esfera incipiente en su cuerpo, podía verse a sí mismo ataviado de fortuna. En el nuevo sueño enquistado, a Edwin le faltaban manos para acarrear tanto dinero, así que contrataba a otros carretilleros para que llevaran todos los billetes a grandes bóvedas que estaban dentro de su mansión.

Repitió el proceso indicado por la tía Celestina y esta vez se guardó la esfera en el bolsillo. Debía pensar bien su próximo movimiento. Capaz veinte mil guaraníes era muy poco para un objeto tan peculiar.

Edwin era reacio a considerar relaciones causales: lavar un auto no implicaba que luego lloviera y haberle vendido la esfera a su amigo no tenía nada que ver con que al mismísimo día siguiente le lloviera el éxito.

Volvió a colgarse la pelotita del cuello. Esta vez el sueño era más detallado y colorido. Brillaba con rabia sobre el pecho de Edwin. Tarde o temprano otro oferente saltaría para, primero, averiguar qué era esa pelotita tan peculiar, y, segundo, para regatear hasta más no poder en beneficio propio y perjuicio de Edwin. Aunque ahora él ya estaba preparado: si su amigo había soltado veinte mil guaraníes tan fácilmente, esa debía ser la cifra que le serviría de base. Se atrevía a soñar con una venta de cuarenta mil guaraníes, si era goloso hasta de cincuenta mil. En su mente ni apareció el billete de más alta denominación, porque hacía ya tantísimo tiempo que uno no pasaba por sus manos que hasta se había olvidado de qué santo ocupaba ese lienzo.

Varios preguntaron qué era lo que le colgaba del cuello, pero ninguno le hacía alguna oferta. Le picaba todo el cuerpo por la ansiedad de decir que su sueño enquistado estaba a la venta, pero la tía Celestina, que guardaba entre los pliegues de su rostro tanta sabiduría como las estanterías de Babel, le recomendó que se mostrara desinteresado de la venta del sueño, que incluso se sorprendiera u ofendiera un tanto si alguien le planteara comprárselo.

Así anduvo por los recovecos del mercado, mientras los ojos de otros transeúntes se ensartaban en su sueño como *kavichu'i* en una melena encrestada. Hizo tantos cálculos con respecto a la posible venta que se le olvidó la primera regla de la calle: no dormirse. Refrenó el impulso de palparse el cuello en busca de la pelotita; era evidente que ya no estaba y lo único que lograría al desafiar esa certeza sería acrecentar su actual estatus de pollo. Por lo menos no olvidaría

la segunda regla: sin lloro.

Edwin se dio cuenta de quién le había robado el sueño al día siguiente. Fue su amigo de toda la vida, Rubén. Lo increpó para ver qué respondía.

—De la noche a la mañana sos millonario, *che ra'a*. Contame el secreto —le dijo Edwin.

—Ningún secreto. Compré «Binguito» y gané. Ni más ni menos —respondió Rubén.

—Hay más probabilidades de que te caiga un rayo a ganar el bingo. Algún amuleto habrás encontrado por ahí para tener tanta suerte —le dijo Edwin, mientras se rascaba el lugar en donde antes le colgaba el sueño.

Rubén sabía que Edwin sabía lo que ocurrió, pero no admitiría nada porque lo adquirido lo tenía por derecho, el de la calle, pero derecho, al fin y al cabo. A pesar de eso sintió lástima por Edwin y le dio trabajo como carretillero en su nueva mansión. Ahora en vez de recorrer los laberintos del mercado tenía que acarrear las bolsas de dinero de Rubén, desde el camión que estacionaba en la entrada hasta la bóveda que se encontraba al fondo de la sala. No era justo, pero al menos tenía un trabajo mejor remunerado. Los días siguientes trató de sopesar su derrota y sentir agradecimiento por las migajas recibidas. De todas formas, su vida ya era una serie de resignaciones, desde aceptar haber nacido en un agujero hasta el presente, que sus amigos vivían los sueños que él había creado.

Así estuvo durante un mes, carretilleando el dinero de su amigo que parecía no tener fin. Al primero del mes siguiente cobró su sueldo y su rabia contenida se apaciguó un poco, pero a Rubén, que por

primera vez le tocaba estar en el lugar de empleador, le generó un odio desconocido el hecho de tener que pagar a sus empleados por tareas que él hubiese querido que las hicieran de por sí. Entonces, ya que gastaba tanto dinero en ellos (lo mínimo que establecía la ley), decidió humillarlos para que supieran quién mandaba. Los mandó rodear la mesa y los obligó a mirar mientras él comía platillos que sus empleados no podrían degustar en sus vidas, salvo que la mano benevolente de un dios bajara y les convidara un bocado. A veces amagaba con darles algún pedazo, pero enseguida lo dejaba caer al suelo para que su rottweiler comiera las sobras.

Esa noche, Edwin soñó de lo lindo: que en un arrebato de furia se abalanzaba sobre Rubén para arrancarle la piel a mordiscos y que de esa forma saciaba el hambre que bullía en él. A la par se le formó una nueva pelotita con el sueño concebido, esta vez apareció en la ingle. Al otro día no podía evitar rascarse de vez en cuando, simulaba acomodarse el bóxer para eliminar la picazón. Había soñado con tanta furia que el sueño era del tamaño de una pelota de tenis y cayó mientras empujaba la carretilla por la mansión. La perdió de vista, no quería agacharse para buscarla porque los demás lo acusarían de vago. Miró furtivamente mientras aparentaba trabajar y pilló al rottweiler zampándose la pelota sin masticar apenas.

Se arrepintió de soñar algo tan feo. El rencor lo convirtió en un ser ruin por poco tiempo. Agradeció que el perro devorara la pelota sin que nadie la encontrara y decidió no soñar nunca más, porque los sueños no le traían más que pesadumbre y ansiedad, eran la promesa de algo que jamás llegaría por más de que los tuviera en sus propias manos en forma de esferas y salieran de su propia piel, como esos sapos que incuban sus huevos en la espalda.

Una vez más, la tele lo apartaría del pensamiento. Pensar era una actividad de gente adinerada; alguien que le echa agua a su champú

de contrabando no debería desperdiciar su tiempo en esos menesteres. En la pantalla salía el rottweiler de Rubén, con el hocico cubierto de sangre; a unos pocos metros atrás estaba su dueño, desollado, hecho un ovillo en su propia sangre. Los noticieros ya no se molestaban en pixelar las imágenes. ¿Quién les diría algo en la era de la libre expresión? Como Rubén no tenía hijos ni padres a quien heredar, ni ninguna otra persona que quisiera agarrar su dinero maldito, el rottweiler heredó hasta el último guaraní partido que se encontraba en las bóvedas de la mansión.

Edwin volvió a la mansión al día siguiente, esperando que algún encargado le pagara la liquidación; sin Rubén era obvio que ya no habría dinero que acarrear de un lugar a otro. Sin embargo, se encontró con que los otros carretilleros de la mansión acarreaban carne y huesos y todo tipo de juguetes que le interesan a un perro.

—¿Seguimos trabajando como si nada? —preguntó Edwin a uno de sus compañeros.

—Sí. Mismo trabajo, diferente mercadería. El nuevo jefe está de buen humor. Si le pedís un adelanto, seguro que te lo da.

Edwin fue hasta el despacho que antes era de Rubén y encontró al rottweiler con el monóculo de oro puesto, el mismo que su dueño había comprado en el desenfreno de un capricho de mal gusto.

—Rubén no tenía problemas de vista y se compró esa boludez —pensó Edwin en voz alta.

—Ciertamente no me soluciona el daltonismo, pero los grises se ven mucho más nítidos. ¿En qué le puedo ayudar?

—¿Seguimos haciendo lo mismo o nos van a liquidar? Quiero saber si sigo teniendo trabajo —dijo Edwin.

—Por supuesto que tiene trabajo. Ahora no puedo prescindir de nadie. Hará lo mismo de siempre, pero acarreará otras cosas.

—Carne y huesos y todo tipo de juguetes que le interesan a un perro, como dijo el narrador —dijo Edwin.

—Efectivamente.

Edwin reflexionó un rato antes de responder.

—En el fondo sabía que no iba a ser milloca, pero trabajar para un perro ya es demasiado.

—La culpa no la tengo yo, señor. Si quiere el trabajo quédese y si no váyase a la mierda. Si quiere cumplir sus sueños tome mi ejemplo y arrebátelos a como dé lugar, no crea que porque salieron de su mente o porque se formaron en su piel como forúnculos y cayeron al suelo como adornos de navidad ya son suyos. Sea hombre y vaya en su búsqueda, de ser posible sin llorar como una perra.

Edwin reflexionó una vez más, era la segunda vez en el día y sus neuronas estaban a punto de armar una huelga en protesta por la explotación laboral. Se alejó del perro con monóculo y salió de la mansión. Se sintió un poco perdido, sin velas que lo llevaran por un buen rumbo, pero a la vez era dueño de cada paso que daba. Respiró bocanadas ingentes de libertad y en una de esas inspiraciones su estómago retumbó por el hambre. Se frotó las manos llenas de callos, paró su marcha y dio media vuelta en dirección a la mansión, para ir a hacer lo que mejor sabía: empujar carretillas.

HIJO DE LA TIERRA

Venancio se convirtió en padre de forma poco convencional. Si bien los preceptos de la biología indicaban que uno debía escanciar su esencia en un cuenco tallado para el efecto, él, que vivía solitario en su campo, la desperdigaba por donde quería y a la hora que quería. No eran semillas, más bien eran esporas que revoloteaban, esperando que los designios del azar le fueran favorables. Así fue como una noche, cuando sus ronquidos resquebrajaban las paredes de su casa, una de esas esporas cayó en tierra fértil y de ahí brotó un niño con sombrero, pantalón y una faca sujeta al cinto y fue derecho a la casa de su padre a exigirle una crianza justa, como indica la ley.

El niño tuvo la educación de esperar a que amaneciera para golpear la puerta, mientras se fumaba un cigarro. El gallo siguió durmiendo cuando el sol salió; entonces, le tuvo que dar un pinchazo para que cacareara, pues a partir de ese día las cosas serían diferentes en esas tierras.

Venancio salió a enfrentar el nuevo día. Se preparó para soltar esporas, pero vio al niño clavado frente a su puerta.

—Buen día, padre —dijo el niño.

—Buen día. ¿Quién sos vos?

—Tu hijo soy —dijo el niño, pasando el dedo por la faca.

En esas tierras, el hierro hacía que la palabra transmutara en norma. Así que no hacían falta certificados, testigos u otra prueba para decir que eran de la misma sangre. En caso de duda, la faca serviría para abrirse las venas y hacer la comparativa. Sin necesidad de llegar a esas instancias, Venancio lo hizo pasar y lo llevó a la cocina para ser-

virle una taza de café con leche que el niño cortó con caña. Terminado el desayuno, fueron a la chacra, que no servía más que de criadero de alimañas; estaba ahí por las dudas, como esos tornillos, bisagras o cualquier pieza suelta que uno guarda en una caja, esperando que algún día encaje en algún lugar.

El niño blandió la faca y decapitó a la rata más gorda que habitaba la chacra, ahí nomás todo el séquito de la difunta partió al éxodo, sin mirar atrás. Venancio agarró al voleo la orden implícita en el aire y fue al depósito a desempolvar su azada. Trabajó hasta que le sangraron las manos, limpió gran parte del terreno y hasta se puso un poco contento por cómo la tierra se veía ahora.

—Vas a necesitar ayuda —dijo el niño.

Ambos partieron hacia la taberna, que se iluminaba como una luciérnaga en una tormenta de polvo. Solo Dios sabía cómo ese pueblo de haraganes siempre tenía dinero para el trago. Las jarras entraban y salían de atrás del mostrador, en un vaivén de algarabía.

—Necesitamos arar la tierra —dijo el niño, encima de una mesa.

Los que estaban más cerca lo miraron extrañados, sin dejar de beber. El niño repitió la sentencia aún más alto y alguien le arrojó una silla que tuvo a bien esquivar. Tal vez sabiéndolo, había blasfemado en un lugar en el que el trabajo estaba prohibido bajo pena capital y varios de los clientes estarían gustosos de fungir como verdugos. Antes de que alguno de esos hombres se atreviera a iniciar una trifulca, el niño fue hasta donde estaba el hombre que había arrojado la silla y le hizo un tajo limpio en la garganta; lo mejor era arrancar la maleza de raíz.

Siguieron al niño en tropel y este les hizo lugar en el cobertizo de la chacra para que pernoctaran hasta que el gallo cantara. Cuan-

do despertaron, el niño les tenía preparada una azada a cada uno, como si hubiera replicado la azada de Venancio decenas de veces, y los hombres supieron leer la orden grabada en su ceño fruncido. Trabajaron hasta que les sangraron las manos y uno que otro se sintió feliz al ver el avance en la tierra, pero la gran mayoría guardaba un rencor que bullía en sus estómagos, que solo transmitían con miradas furtivas.

—No crean que no les voy a recompensar por el buen trabajo —dijo el niño—. Vayan a la taberna y pidan lo que quieran que corre a cuenta mía, pero con la condición de que mañana continuemos bien temprano.

Más que por gusto, fueron por la inercia de la costumbre añosa, porque al igual que el sol sale por el Este, ellos debían emborracharse al terminar la jornada. Tuvieron que agarrar los vasos con sus muñecas porque las llagas les ardían en las manos. Tomaron inmersos en penuria, pero tomaron, y el alcohol les soltó la lengua.

—*Maa pio ko mitã'i churi?* Nos hace trabajar como burros —dijo uno.

—Es mi hijo —comentó Venancio.

—¿Tu hijo? ¡Qué va a ser tu hijo, Venancio! Ni las vacas van a dejar que les toques. ¡Qué vas a tener un hijo vos, *vaícho!*

Todos prorrumpieron en risas y Venancio las guardó en lo más profundo de su pecho, en su listita negra que iría tachando si la providencia le daba oportunidad.

—Pero ¿por qué decís que es tu hijo, Venancio? —preguntó otro.

—Él mismo me lo dijo.

—¿Así, sin más? ¿Con qué pruebas y quién lo mandó?

—Lo dijo sin dudar y yo le creo —fue todo lo que respondió Venancio.

—Entonces, si en serio es tu hijo le tenés que decir que nos deje en paz. ¿Quién *piko* es él para estar mandándonos como si fuésemos sus empleados? *Itavyraíma pe mitã'i.*

El niño estaba en un rincón del bar entre las sombras, callado para escuchar y tomar nota de lo que decían sus nuevos peones. Le dolió en el orgullo que el tajo del día anterior no hubiese sido suficiente escarmiento. Tenía que demostrarles de lo que realmente era capaz. Salió de donde se encontraba y fue directo junto al hablador; ya no podía darse el lujo de perder peones, por lo que se conformó con cortarle la lengua desde la base misma, para que se viera entera.

El niño los volvió a guiar hasta la chacra. Cavó con sus propias manos en el punto más fértil y enterró la lengua. Pronto salió un tallo que se fue engrosando hasta alcanzar la altura de la casa, con ramas que se doblaban como garrochas, con lenguas en vez de hojas.

—*Jaha ko'águi. Kóva ndaha'éi Ñandejára mba'e* —dijo uno.

Salió corriendo del terreno, dejando tras de sí una gran polvareda. Unos cuantos lo vieron cruzar el portón que estaba a cientos de metros y perderse en el horizonte, para que al rato volviese por el otro lado.

—Te doy la oportunidad de quedarte quieto —le dijo el niño.

El hombre obedeció y en ese acatamiento perdió todo atisbo de esperanza. Sus ojos opacos no se movieron más.

Los hombres entraron al cobertizo. Esperaron hasta que uno se atrevió a asomar la cabeza afuera. El niño estaba durmiendo en una hamaca a unos veinte metros de donde ellos se encontraban.

—Corrí todo lo que pude, me alejé hasta ver la taberna y cuando pestañeé ya estaba acá otra vez. Nos tiene presos el *mitã'i* —dijo el que había tratado de escapar.

El silencio fue tan espeso por unos segundos que se les trancó en los tímpanos.

—Venancio, ore disculpána si ropuka nderehe. *Ore kachiãi'imínte ko*, pero hablana ahora con tu hijo. Yo quiero ir a verle a mi señora, si es que se puede todavía —dijo uno.

—No se puede. *Ndapehendúi pio*? Corrí y corrí *ha ajujey* contra mi voluntad. *Purgatoriorã ko'ã* lugar.

Venancio se vio acribillado por las miradas lastimeras de los otros. Tenía la obligación de aplicar mano dura como padre, pero hay tareas que superan nuestra potencialidad, y soldado que huye a tiempo y se esconde lo suficiente, es olvidado hasta que cese la guerra. Pese a su gran cobardía, valoró su situación: una vida arando sin cesar no era vida. Fue hasta el niño, su hijo, y le habló como pensó que debería hablarle un padre a su hijo travieso, sin él mismo haber tenido una figura paterna.

—*Mba'etekópa che ra'y? Hakuetéiko, ajépa*?

El niño lo miró mientras expulsaba grandes volutas de humo que bailaban lascivas.

—*Aporandumínte hína*. ¿Qué posibilidad *piko* hay de que descansemos un poco? Los muchachos quieren visitarles a sus familiares. *Ikatúramonte* —dijo Venancio, que apretujaba el borde de su sombrero.

El árbol de lenguas se arremolinó y en un coro asincrónico, respondió a Venancio:

—Ninguno de nosotros puede decidir, mucho menos este que es tu vástago, nacido de la tierra roja. Somos engranajes de la voluntad.

—¿De quién?

El árbol trató de hablar, pero un fuego interno lo consumió hasta las cenizas, que abonaron la tierra.

El niño dio una calada grande, apesadumbrado. Venancio notó un leve temblor en sus brazos. Si los escalofríos se apoderaban de esa criatura, sería porque una calamidad se acercaba. El niño miró el cerro más cercano —el cual, según Venancio, nunca había visto en su vida—. Y, como si le hubiese llegado una aprobación desde el mismo cielo, agarró a su padre de la muñeca para guiarlo hacia la cuesta. Pasaron al lado de los demás hombres sin que estos notaran sus presencias: seguían arando como si en cada movimiento saldaran la millonésima parte de una deuda cuyos intereses eran olas.

—No nos ven y pasamos al lado —dijo Venancio.

—Callate. Vos caminá nomás —dijo el niño.

—¿A dónde vamos?

—Me dieron permiso de subirte dos anillos. Es lo máximo que puedo hacer por vos, papá.

El niño lo tironeó hasta llegar al pie del cerro. Cada tanto, Venancio miraba atrás, a lo lejos, donde los demás seguían arando, hacían chocar sus azadas y rastrillos y en el proceso sacaban chispas, como si en vez de tierra el suelo fuera una gran extensión de virutas de hierro

oxidadas. Con cada metro subido el calor disminuía un poco, el sol era un hielito seco en comparación al bochorno que sudaba el llano.

—No falta tanto —dijo el niño.

Venancio perdió la noción del tiempo. Sus piernas eran estacas jaladas por hilos, subía sin que mediara su voluntad y, pese a eso, se sentía agradecido. El cerro se había aplanado sin que se hubiera dado cuenta y de nubes negras y espesas cayeron granizos como pedregullos, de los cuales trató de cubrirse como pudo porque el niño seguía estirándolo de la muñeca. Los ladridos de tres perros retumbaban viniendo de un mismo fuelle. En la travesía no cabía el descanso.

Sus piernas ya no podían más, los músculos se le deshilachaban en cada paso, un atascadero de espinas en los muslos. El niño le soltó la muñeca y Venancio quiso dejarse caer, pero una ráfaga lo arrastró como una pandorga para que siguiera avanzando. El niño volvió a agarrarlo, pero esta vez para permanecer un tiempo más a su lado.

—Hasta acá me permitieron alzarte, no más —dijo.

Venancio hizo un gran esfuerzo para hablar en medio del viento huracanado que lo zarandeaba de un lado para otro. Mientras habló no dejó de mirar el cielo, que le pareció un océano de miel.

—Quiero subir un poco más —gritó Venancio.

—Estás a dos peldaños de volver a tu casa, pero no depende de mí.

El niño se alejó sin mirar atrás, bajó el cerro con la facilidad de una cabra. A Venancio le llegó el *ku'i* de un sollozo, que el viento se obstinó en arremolinar en su oído. «Pobre *mitã'i*», pensó, «él no eligió nacer en este lugar, che *mbojaite*». El cielo se despejó un poco; entre

una de las nubes podía verse la puerta de su casa, un espejismo en el firmamento. Lloró un poquito al volver a pensar en que había sido su culpa que el niño hubiera nacido en un lugar tan horrible, producto de su vicio repulsivo. Lloró a moco tendido, arrepentido hasta los huesos.

El cielo se despejó aún más y su casa se vio con más claridad, como si ascendiera en ese pozo para volver al lugar al que alguna vez perteneció. Venancio no pudo ver nada de esto porque tenía los ojos anegados en lágrimas y su única idea para aliviar su dolor fue esparcir esporas por ese yermo virgen. Desde ese día no para de llover ni de soplar el viento.

DESMEMORIA

Abuela está cada vez peor, pobrecita. Viene a preguntarme si ya tomó sus medicamentos, a cada rato, con la obstinación de un limpiavidrios que percibe todo a su alrededor, menos el «no» al otro lado del parabrisas. Al principio pensé que era una estratagema para venir a conversar, una excusa para salir de su habitación que es un manantial de tufo, pero la última vez vi en su rostro que, más que haber olvidado si había tomado o no sus medicamentos, más que haber olvidado qué era lo que iba a preguntar, parecía haber olvidado qué era ese músculo que tenía dentro de la boca, que rozaba las piedras astilladas por tanto bruxismo. Me adelanté y le dije que sí, sin saber realmente si le había dado las pastillas. De todas formas, ya no quiero gastar en medicamentos, dudo que sus tripas absorban algo más que polvo y que su cerebro restablezca todo su cableado gracias a unos cuantos químicos. Todos hemos de morir, no hay nada de malo en ello, lo ideal sería no desangrar a los demás en la espera de que a uno le dé el patatús.

Creo que hago bien en no alargar su tortura. Las veces que me pregunta por sus pastillas le digo que sí, que ya las tomó, pero ya no compro ninguna. Tomo nota mental, por puro morbo, del avance de su desmemoria. Primero olvidó lo que solía preguntarme, intuía que existía una rutina trivial entre ella y yo, relacionada a unos pedacitos de materia amarga que debía deslizar por el músculo que está dentro de su boca.

El avance no es lineal, no es como colocar un ladrillo sobre otro, es más bien como cavar un pozo aquí y luego allá, luego rellenar el primero antes de empezar un tercero. Por ejemplo, el otro día se acordó, con total precisión, de la vez que caí de la bicicleta camino al

almacén y me salió un chichón como un cuerno. Ella colocó azúcar morena sobre la hinchazón porque —según su sabiduría surgida del *ñe'erei* iterativo— eso servía para desinflamar. Por incrédulo me comí todo el azúcar y el chichón permaneció, dando fuerza a su teoría. Pero de la misma forma en que recopila anécdotas, se olvida de leyes que, si bien no traen aparejadas una sanción por su incumplimiento, omitirlas es una afrenta a algo que no logro determinar, como la vez que olvidó la existencia de la gravedad y flotó a lo más alto del estante para sacarle el polvo a los libros arrinconados. ¿Cómo se le explica a una anciana terca que los pies van en la tierra? Es mejor dejarle a sus anchas, porque ante el menor intento de argumentación, retruca con una sentencia inapelable: *«Nahenduséi!»*.

La amo, o más bien, la amé el tiempo que fue necesario, el que debía. No puedo estar obligado a amar indefinidamente, porque abuela se está comiendo todos mis ahorros. Legalmente son sus ahorros, porque es lo que juntó en décadas de trabajo, pero técnicamente son míos, porque no se los puede llevar a la tumba y algo me dice que no falta mucho para que eso suceda. No se imaginan lo sencillo que es desarmar las cápsulas duras y cambiar el contenido. Abuela se las traga una tras otra, una tras otra, tantas que, si alguien le abriera la panza en la autopsia, sería un esturión en plena extracción de caviar. Le tengo que decir que se acuerde de tomar mucha agua, para que el medicamento no le patee el hígado. Su beso en mi frente es áspero, pero en cada pliegue reseco de sus labios hay más amor que ceros en su cuenta bancaria. O tal vez no tanto.

Abuela, que hay que morir algún día, le digo. Le tengo que explicar en qué consiste eso de morir porque ya lo ha olvidado. Lo único hidratado en todo su cuerpo son sus ojos cuando me mira mientras aprieta mis cachetes. Que soy la cosa más linda que vio en su vida me lo dice mil veces y entiendo que eso sea lo único que no pueda olvi-

dar. Pobrecita. Entonces, dos días después ella me hace caso y por fin muere. Envío las invitaciones que ya tenía preparadas, me pongo el traje que compré con su tarjeta, pero lloro de verdad porque es cierto que la voy a extrañar mucho, no soy un desalmado. Práctico, sí.

Otros dos días pasan de su muerte y su presencia sigue latente en toda su casa, me refiero a su olor, al olor a anciano, ese hedor que emanan por más de estar perfectamente aseados, con ropa nueva y perfume, que expiden sin necesidad de sudar. Es la muerte latente en algún lugar en específico de su cuerpo, indetectable con precisión en su núcleo, gestándose como un feto. Pienso en voz alta que en este momento me hace falta la *expertise* de abuela para limpiar el hogar, y ni lenta ni perezosa ella misma se pone a limpiar toda la casa, todos los rincones. Se ha olvidado que está muerta hace dos días y su piloto automático la trajo hasta la sala. Me cuesta no perder la paciencia. Le explico que en estos momentos debería estar hinchándose dentro del cajón, para posteriormente reventar por todos los gases acumulados en sus tejidos. Me hace callar por ser un morboso, que Dios no hizo la muerte tan asquerosa como la describo, me dice. Cuando intento replicar, pronuncia mi nombre en diminutivo, con el tonito salado que no logra ni Tony Soprano con un batallón de gánsteres a sus espaldas. Que venga el diablo y se atreva a decir algo después de esa sutil advertencia.

Si la vuelvo a matar no sería un homicidio, porque ya estuvo muerta, yo mismo llevé el cajón hasta el panteón e hice todos los trámites que uno debe hacer con el Estado, que exige que rellenemos un formulario cada vez que nos sacamos un moco. Por suerte, abuela no tenía casi nada declarado, todo debajo del colchón, con la custodia infranqueable de una virgencita agrietada de tantas plegarias derramadas por su barro.

Así que traigo el hacha oxidada que está en el garaje, pero enseguida me doy cuenta del plagio. Mazos, cuchillos o cualquier utensilio punzante, todos los elementos registrados en algún cuento anterior a este. No quedan tantas opciones después de siglos de letras acumuladas. Me desespero, hasta que me acuerdo de que ella misma decía que algún día la iba a matar de la rabia, como cuando caí del árbol de mango y después de haber verificado que mi cuello no estaba roto, se le apelmazaron todas las venas en la frente sudorosa y yo había llorado porque pensé que eran gusanos que estaban bajo su piel. Ese día comprobé cuántos cintarazos puede aguantar una espalda y aprendí que el verdadero llanto es el que se queda atorado en el medio mismo de la panza.

Preparo el escenario para que ella caiga redondita: lleno el patio de hojas secas y la espero en la copa del mango, abuela sale enseguida con su escoba y cuando barre un montículo cerca del tronco, me dejo caer frente a ella. Se acurruca a mi lado y llora desconsoladamente, espero que su corazón reseco se agriete y quiebre después de su llanto tan violento; me da pena y quiero decirle que todo está bien, que era una broma para ver si estaba atenta, pero lo único que puedo mover son mis párpados y mis cejas y no puedo evitar que todo su reguero de lágrimas me entre en los ojos y en la boca.

Ahora abuela me da de comer a través de una sonda y en su rostro se formaron dos surcos profundos, las lágrimas erosionaron su carne desde sus ojeras hasta su mentón, arroyos que sueltan todo su caudal en mis ojos y permean hasta escanciar cada hendidura de mi cerebro. Pienso que abuela almacenaba su memoria en sus lágrimas, porque con cada gota salobre que hidrata mi materia gris se presentan recuerdos que no son los míos: imágenes de esta misma ciudad, pero con las calles empedradas en vez de asfaltadas; abuela viéndose al espejo,

con el cabello castaño claro en vez de gris, como hebras de miel que se gestan y manan de cada folículo; ella, sosteniendo a un bebé rechoncho que abraza con la fuerza justa para no romperle los huesos, ni para librarlo del abanico tenue de Morfeo.

Ella sigue sin recordar lo que es la gravedad y camina por las paredes y se enoja al no poder acumular el polvo. Yo no puedo hacer otra cosa que verla ir y venir de una habitación a otra, como un astronauta desplazándose en su estación, mientras me esfuerzo para mover los músculos de mi cara que se trenzan en espasmos. Me doy cuenta por el olor, que ella me ha acostado sobre el colchón bajo el que guarda todos sus billetes, tan cerca me puso y solo puedo ladearme cuando me pasa un trapo húmedo por la espalda en la hora del baño, para no llenarme de mugre y consecuentemente de llagas que no sabré si están o no ahí.

Abuela ganó, aunque no se lo hubiera propuesto y tengo que admitir que no me gusta perder. Tal vez el olvido sea mi única salvación, como lo ha sido para ella, pero los recuerdos que almacenó en mi cabeza ahora saltan como las chispas de una soldadura, se enhebran unos con otros, se superponen y mezclan en una maraña insoluble. No me queda de otra que pasar la mayor parte del día recorriendo el pasado: yo en sus brazos o juntos en la mesa, con una sopa tan caliente que hace que me chorree la nariz. Al final del día viene y me pasa un paño por la cara para sacarme todo el polvo que revoloteó durante el día, y a modo de despedida para encarar la noche, suelta una última lágrima que penetra mi pupila, con intención de consuelo, con efecto de burla.

EL HOMBRE AL OTRO LADO DE LA LUNA

—Si te fijás bien, él está al otro lado de la luna. Piensa que se esconde, pero su cuerpo hace sombra en el vacío. Es paciente. Al primer parpadeo que hagamos va a bajar para comernos las entrañas de un solo mordisco y nos va a quedar la pura cáscara nomás. No hay que dormir. ¿Escuchaste?

Esa era la retahíla de Hernán todas las noches. Durante el día se atrevía a dormir en medio del patio, con el sol dándole de pleno, por una o dos horas, no más, y antes de eso nos hacía jurar que estuviéramos a su lado todo el tiempo, que lo agarráramos de la ropa y lo estiráramos un poco de vez en cuando, para que pudiera darse cuenta, en sueños, que seguíamos ahí.

—En todos estos años trabajando en esta pocilga ya escuché de todo: ratas que viven entre las paredes, espectros que salen de entre las baldosas, pero ¿por qué este idiota le tiene miedo a algo que está tan lejos?

—A estas alturas ya no le busco explicación, perdí esa curiosidad, che. Sabía que limpiar la mierda de las paredes iba a ser parte del trabajo, pero no sabía que iba a ser casi todo el trabajo. *Chembokane'óma ko asunto*. ¿Cuánto lo que falta para jubilarnos? *Kóre*, y lo de tratar de descifrar por qué están así de locos ya no tiene sentido. Están rotos y punto. Quemaron junta —le respondo a mi compañero.

—Te imaginás que antes de jubilarnos nosotros también quememos junta y terminemos acá, pero como pacientes. Te lo digo medio en joda, pero puede ser que pase. La otra vez nomás se me ocurrió y ahora no se me va el cagazo.

Mi compañero dejó de trabajar en el psiquiátrico una semana después de esa conversación, dejó un trabajo estable con seguro médico para ir a trabajar en un minisúper del que seguramente lo van a echar en pocos meses, todo porque le agarró el miedo estúpido de quedarse loco. Yo también tengo miedo, pero no lo llevo al extremo. Me voy a aferrar a este trabajo hasta alcanzar la jubilación para así poder rascarme la panza por lo que me quede de vida.

—Ahora que López renunció, vas a tener que cubrir todo el bloque vos solo, García. Al menos hasta que consigamos otro para el puesto. Te voy a dar una propina por el esfuerzo extra, te pido que aguantes un poco nomás hasta conseguir un nuevo empleado —me dijo el jefe.

Le respondí que sí, que no hay problema. El dinero extra me vendría bien si tuviera en qué gastarlo, pero el ocio es algo de lo que tendría que alejarme. Cuando mi tío me consiguió este puesto me dijo que no hiciera caso de las carreras de los psiquiatras o incluso de los enfermeros, que ascienden, aunque sea un poco a lo largo de los años. A algunos, ese anhelo por crecer los carcome y los hace hurraños cuando no alcanzan las expectativas. Así que la ambición sería algo cancerígeno para un simple empleado de limpieza como yo.

Hoy, al afeitarme, me vi la primera cana en medio del mentón. Los años pasan rápido y pegan duro cuando el recién egresado, con olor a talco, te dice que vayas a limpiar el gran charco de vómito que hay en el comedor. Capaz no debí haberle hecho caso a mi tío, capaz sí hubiese estudiado en su momento. Aunque nadie me impide leer y aprender por mi cuenta, tengo más experiencia que cualquier recién egresado, de los que tratan como ratas a los pacientes en vez de como a seres humanos.

El que me mandó el otro día a limpiar el comedor deja todos sus libros esparcidos sobre el escritorio que tiene en el cuchitril al que le gusta llamar oficina. Lee un párrafo de este libro y luego otro párrafo de este otro, como si estuviera en un buffet y se sirviera una cucharada de cada plato, ha de tener un mejunje en la cabeza. Yo creo que es mejor hacer una sola cosa a la vez. Tomé uno de sus libros sin que se diese cuenta y dediqué todo mi tiempo de descanso para leerlo; luego de hacer exhaustivas anotaciones, llegué a la conclusión de que no había entendido absolutamente nada. Pero ¿qué tanto podría servir un libro para entender a los demás?

Fui a buscar a Hernán para conversar con él. Si prestaba atención a sus incoherencias tal vez podría descubrir el origen de su locura.

—¿Que estás haciendo, Hernán?

Él estaba pegado a la ventana, por la que escurría la lluvia.

—Cuando se formen charcos en el patio, él va a poder venir junto a nosotros y ahí ya no habrá nadie que nos pueda salvar. Hasta acá llegamos —me contestó.

—¿A qué te referís?

Hernán señaló la luna y luego un charco incipiente en medio del patio. Me senté junto a él y le invité un pucho mientras mirábamos absortos el agua que se iba acumulando, como los críticos de arte que miran un cuadro con una sola raya y buscan en él los secretos del universo. Se formó uno grande al lado de la muralla, Hernán lo señaló, se veía el reflejo de la luna bamboleando por las gotas que seguían cayendo y una manchita blanca desprendiéndose del reflejo de la luna para luego subir por la muralla, como esos duendecitos que uno ve en videos que, coincidentemente, siempre se graban en

pésima calidad. Hernán me miró como diciéndome: «te lo dije», y me pasó el pucho que fumó hasta la mitad.

—Dentro de lo que cabe, ha sido un placer, García —me dijo Hernán, y estrechó mi mano con un apretón fuerte.

Fue a su pieza, se tapó con la frazada hasta un poco por encima de la nariz y cayó en un sueño profundo, con ronquidos que hicieron rechinar la parrilla de su cama.

—Por fin un signo de mejoría —dijo al pasar uno de los psicólogos, refiriéndose a Hernán.

Fui a dormir y olvidé el asunto. Al día siguiente me indicaron que debía limpiar otro charco, esta vez en el cuarto de Hernán; era un charco de sangre negruzca, con moscas revoloteando a su alrededor. Había una luna dibujada con sangre en la pared, la de Hernán, que murió por haberse dado un tremendo mordisco en el brazo. Los rumores decían que el cadáver fue encontrado en medio de la pieza, con una mueca sonriente alumbrada por la luz de la luna. Creo que cada loco es el protagonista de las obras fantasiosas que arman en sus mentes, nunca adoptan el papel de testigo o de personaje secundario, siempre son ellos los perseguidos o los salvadores, a veces mesías del mundo decadente. ¿O sea que, para ser un loco en toda regla, se debe ser narcisista? Lo voy a anotar y luego veo si algún psicólogo ya escribió al respecto.

Hernán habrá pensado que triunfó sobre el hombre de la luna porque se suicidó antes de que este lo matara. Un último recurso, la única escapatoria. No me queda de otra que hacer este tipo de suposiciones para tratar de entender su pensamiento. ¿Acaso no dicen que el cazador debe pensar como su presa? Si yo fuera Hernán, ¿dónde buscaría al Hombre de la Luna?

Pido al jefe una piecita en la cual dormir y cambiarme. Al final del día estoy demasiado cansado para tomar dos buses que me lleven a casa. Sigo cubriendo el trabajo de dos, pero el jefe me paga mucho mejor, así que no me quejo. Me dice que aguante un poquito más, que está haciendo todo lo posible por conseguir alguien que cubra el puesto, pero yo sé que ahí afuera no hay gente ansiando trabajar limpiando la mierda de los locos, por lo que va a pasar un buen tiempo para que la situación cambie. Mientras tanto, los billetes por el trabajo extra se acumulan en mis manos, los ordeno cara con cara, de mayor a menor, y los guardo en medio de la biblia que me regaló mi abuela. De vez en cuando saco uno que otro para comprar una caja de puchos. Los fumo mientras veo por la ventana los ladrillos de la muralla que nos separa del mundo de los cuerdos; son como los días que se apilan para formar toda una vida.

—¿Vos sos García? —me pregunta un desconocido—. El jefe me dijo que preguntara por vos.

Tiene la dentadura excesivamente blanca, cada diente es un azulejo cincelado a la perfección, el resto de su cara son rasgos alumbrados por el reflector que tiene en la boca. Antes de que pueda responder, me dice:

—Debés ser vos porque se te nota muy cansado. Yo soy el nuevo, el que va a ayudarte. El jefe me dijo que me vas a enseñar todo lo que haga falta. Está roñoso este lugar. ¿Me mostrás el edificio?

¿Qué hora es? El turno nocturno ya debe haber empezado, porque la mayoría de los pacientes están en sus habitaciones. Se hace todo lo posible para que este lugar sea agradable, pero tiene un aspecto totalmente carcelario. Los horarios son los que establecen el orden, más que los cerrojos o portones que nos separan de los sanos. A mí el horario ya se me entremezcla en la cabeza.

Ahora bien, ustedes no son estúpidos y yo tampoco. ¿Qué tanta coincidencia debe haber para que luego de lo sucedido con Hernán aparezca un empleado caído del cielo, con características similares a las que había descrito por «el hombre al otro lado de la luna»? En esta trama hay dos posibilidades: o realmente lo que describió Hernán vino para devorarme las entrañas, o estoy alucinando. Adivinen por cuál opción me decanto. Esta es la prueba de fuego. Sigo al empleadito nuevo que convenientemente también se quedará a dormir. Él y yo, los únicos empleados de limpieza que se quedan a dormir en toda la institución, sí, como no, no hace falta más que un cuchillito clavado en el lugar preciso y la ilusión se va a desvanecer más rápido de lo que apareció, pero forcejea el hijo de puta, con los dientes más blancos que los chicles que uno compra en el bus; si alguien se cruza ahora mismo me va a ver peleando con la nada, presionando la punta del cuchillo en el aire y nada más, pero no les voy a dar el gusto. La ilusión es tan convincente que el cuerpo pesa una barbaridad y resoplo como un burro para llevarlo hasta el contenedor y meterlo en el fondo mismo.

—¿Cómo va todo, García? Te noto más ojeroso —me dice el jefe al día siguiente—. Espero que el nuevo empleado te sea de ayuda y puedas descansar como antes. Al principio vas a tener que entrenarle un poco, pero después seguro que *ohoreítama*.

¿Vieron en «Isla siniestra» cuando los doctores le boludean a Di Caprio para ver hasta dónde va en su historia? Traicioneros son estos. En todos los tratamientos tratan como pelotudos a los pacientes, ni un respeto tienen los desgraciados. Yo sé que ya me patina, pero un poquito de dignidad en el trato, aunque sea. Infelices.

—¿Empleado nuevo? ¿Dónde está el nuevo? Así le saludo.

—¡E'a! Le dije que hablara contigo para que le mostraras todo. Qué *ñembotavy*. Él se tiene que quedar a dormir porque vive demasiado lejos.

—Ni idea, jefe. Nadie vino junto a mí.

Ni loco le sigo la corriente. Simpáticos son, ellos te tienden la trampita y cuando caés, hacen su informe todo chusco para explicar detalladamente el origen de la locura que ellos mismos provocaron. Ha de ser porque quieren más ingresos, algunos sí se curan y otros tienen que estar acá para siempre, para que el chorro no se corte. En gran parte ha de ser a dedo la elección: a este le curamos, a este no, a este le soltamos en un año, a este otro le volvemos loco para soltarle a este otro, y así. Todo es negocio.

Descubrieron el cuerpo, ya un poco podrido, un día después. Las ratas que se juntaron alrededor del contenedor fueron las que dieron el aviso. La mejor forma de sorpresa es hacer preguntas, el curioso molesta y todos lo tachan de morboso y chismoso en vez de culpable. ¿Pero qué digo? Si todo esto es una farsa.

—¿Por qué tanto alboroto? —le pregunté a uno de los psicólogos.

—Encontraron muerto al empleado nuevo, anteayer nomás entró el pobre.

—Lindo trabajo este, ¿eh? A la primera oportunidad consigo otro y salgo de esta pocilga.

El psicólogo me miró en son de burla y se fue, me miró como diciéndome: «¿Quién te contrataría? El único lugar en el que puede estar un fracasado como vos es acá, raspando las heces secas de las paredes». Me lo dijo así mismito con la mirada, no hizo falta que mo-

viera la lengua. Este mismo infeliz pudo haber sido el artífice de todo el teatro que arman alrededor de mí. Se pensaban que no había visto «El show de Truman» o «Matrix». A todo esto, si yo fuera Neo, elegiría sin dudar la pastilla azul. Porque, ¿quién me asegura que toda esa lucha que tuvieron para destruir la simulación no era más que otra? Un sueño dentro de un sueño, el motociclista que soñó con ser un aborigen perseguido por otros y, al despertar, recordó que en el sueño manejaba un gran insecto metálico en un desierto de rocas planas.

Ahora trato de sacarme el bicho de la culpa de mi nuca. Quiero hacerme entender a mí mismo que el nuevo no era más que una ilusión, que todos los demás son actores de una obra cuyo guionista podría ser el jefe o tal vez soy el objeto de tesis de alguno de los psicólogos o psiquiatras, no sé la diferencia entre uno y otro, unos te hacen preguntas hasta hacerte dudar de tu nombre y otros te dopan hasta que sentís que mantenés una charla interesante con los insectos que se acurrucan en tu almohadón. Estos son los alquimistas del siglo, todos tienen una piedra filosofal diferente y la de uno es de verdad y la del resto es veneno. Así se pelean y retuercen como víboras en un pozo.

El jefe me dice que ahora sí ya nos jodimos porque la noticia corrió y ya nadie va a querer trabajar con nosotros. De hecho, unos cuantos renunciaron en la semana y los que quedan piden que se les suba el sueldo por el riesgo de amanecer muerto por alguno de los loquitos que albergamos. Tengo que admitir que se esmeran bastante en toda la parafernalia. Yo, por mi parte, calladito, calladito. Si me preguntan algo, no, no sé nada; si es que vi algo, no, no vi nada. Les voy a resultar tan aburrido en los próximos días que los voy a desesperar al punto que van a sentirse locos, ellos mismos, al tratar de seguir con la bromita esta.

Entró un nuevo empleado, o eso supongo, ya no sé qué rol pretenden atribuirle para tratar de convencerse.

—Vos debés ser García, porque…

—Mirá *mitã'i*, a mí no me rompas las bolas. Ya estoy cansado de tanta boludez. Si sos de carne y hueso o no, ya me importa tres carajos. Estoy podrido de todo este tema. Hacé lo que tengas que hacer y yo veré lo que mi mente retorcida quiera, pero sinceramente ya no me importa nada.

La verdad que ya no importa gran cosa, ¿qué quieren que les diga? Si estoy más atrapado que esos ratoncitos peludos en las ruedas que dan mil vueltas, en qué va a cambiar si curo o no mi locura, ya está, quemé junta y listo, la vida sigue y si no sigue capaz sea mejor. El nuevo actor o la nueva ilusión hace bastante bien su papel, repite cada dos por tres que viene de la luna y que le gustan las entrañas y no sé qué y yo le digo «qué bien». Saca unos colmillos grandes y trocea los cuellos de los psicólogos como si fuesen bizcochos. Uno por día. Los policías entran y salen y dicen que van a cerrar el lugar. Me preguntan y les digo que no vi nada. ¿Que qué pienso que haya sido? ¿Si algún perro u otro animal grande por el tamaño de las mordidas? Les digo que no me gusta sacar conjeturas, que yo no soy policía. Mientras, el «hombre al otro lado de la luna», o como se llame, me hace señas estando atrás de ellos para exasperarme. La farsa se vuelve casi inaguantable, pero al final voy a ser yo el que los quiebre.

Dos semanas después me despidieron, pero no porque hiciera mal mi trabajo: el edificio se estaba cayendo a pedazos y me liquidaron así nomás y no sé qué hacer con tanta plata. Entiendo que hay cosas que aluciné yo, el empleado nuevo que se comía a todos los demás cuando caía la noche, pero el resto era teatro de ellos para potenciar mi locura, como diciendo «veamos hasta dónde llega la imaginación

retorcida de este pelagatos», como una rata de laboratorio. Siempre mirando por encima del hombro los hijos de puta. La confabulación llegó hasta tal punto que vi que el edificio salió incendiándose en las noticias, canal que ponía, canal que mostraba el lugar que limpié por años quemándose hasta sus cimientos, con la gente tirándose por las ventanas y no por huir del fuego. Lo que sí persistió por más tiempo fue la alucinación de «el hombre al otro lado de la luna». Llegó un punto en que lo veía en mi propia casa, porque ya estaba desempleado y malgastando la plata de la liquidación, ocioso por primera vez en mi vida, paladeando el derrumbe de mi mente. Primero la alucinación se escondía debajo de mi cama, otras veces salía de entre las baldosas para mostrarme sus dientes, que seguían siendo incandescentemente blancos, pero ahora eran como mil escarbadientes apilados, con dulce de guayaba escurriendo entre ellos. A veces lo ignoraba y otras me quedaba frente a él para observarlo, acercaba sus dientes a mi yugular para asustarme y yo estiraba sus cabellos uno por uno para apreciar la precisión de mi imaginación. Tengo que admitir que me puso un poco vanidoso saber que mi mente podía crear algo tan preciso y específico.

La ilusión estuvo así por meses, me seguía de la cocina al baño y del baño a mi habitación, dormitaba por debajo de las baldosas y luego salía para volver a intentarlo, hasta que noté un dejo de cansancio en su mirada: era yo mismo aburriéndome de imaginarlo. Poco a poco se fue empequeñeciendo y una noche lluviosa, mientras yo fumaba en el balcón y él estaba a mi lado, se tiró a un charco de la calle y, saltando de una gota en otra —en las cuales reflejaba débil la luna—, llegó hasta su antiguo hogar. Esa fue la última vez que alucinéé, al menos visualmente, porque cada tanto, sobre todo en plenilunios, escucho un llanto entrecortado que viene desde lejos, como de alguien que fue humillado.

LA SOMBRA

Ignacio se olvidó de su sombra en la parada de bus. Se desprendió de ella al tratar de sacarse un chicle pegado a la suela de su zapato, no se dio cuenta de su ausencia sino hasta minutos antes de morir de viejo, cuando, acostado en una cama de hospital, levantó su mano para apreciar las venas negras que relucían en el dorso y la Sombra no se formó sobre su abdomen. La Sombra quedó dormida en la parada, recién se despertó al sentir que otras personas usufructuaban su figura para protegerse del sol. «¡Que descaro!» pensó, y siguió su camino para que aquel grupo enfrentara al sol por otros medios que no fuesen rellenar su silueta oscura y bien delineada, propiedad exclusiva de Ignacio.

Después de caminar varios kilómetros en busca de su amo, sopesó la posibilidad de enfrentar su inédita autonomía. Le parecía raro caminar por sí misma. El azar había quebrantado su naturaleza y no le quedaba de otra que adaptarse con los recursos que poseía, que eran escasos. Trató de ocupar el lugar de las sombras de varios vagabundos, pero estas defendían sus puestos con uñas y dientes. Trató de usurpar los lugares de las sombras de los perros, pero le era imposible metamorfosearse para adoptar las siluetas cuadrúpedas; al fin y al cabo, era un intento humillante y desistió enseguida.

Existía la creencia de que las sombras, al morir sus dueños, se mezclaban con las sombras de las plantas o de los cerros, con las de las estatuas o rascacielos, dependiendo de las inmediaciones en las que su dueño había fallecido, logrando así la ataraxia inherente a la nada. Ese era su sueño, pero ahora que Ignacio la había abandonado, ¿debía esperar a que él muriera o ya estaría condenada a deambular por el mundo hasta el fin de los tiempos? ¿Qué tan difícil sería con-

vertirse en humano para poder morir y alcanzar la nada? No tenía otra opción que intentarlo.

Lo primero que debía modificar en su proceso de transformación era la forma de caminar. Caminaba esperando que alguien la estirase, en vez de propulsarse hacia delante. Las demás sombras la miraban con desdén, como si ella estuviera quebrantando el orden establecido desde hacía eones, una grieta que se extendía en un cristal esmerilado y multicolor.

Aprendió a moverse relativamente bien, era un títere que movía sus propias cuerdas. El mínimo grado de autonomía alcanzado le hizo sentir el cansancio por primera vez en su vida, así que entró a un bar para tomar un tintillo, que era lo que Ignacio siempre pedía hasta agotar los billetes que tenía apachurrados en su mochila de Hello Kitty, llena de polvo de ladrillos y salpicaduras de cemento ya seco. Lo que la Sombra apreciaba más de Ignacio era que su conducta parecía estar condicionada por interruptores que se activaban o desactivaban dependiendo de la hora del día: al levantarse, resignación; al subirse al bus para ir a la obra, total desapego de la realidad circundante; al estar en la obra su cerebro se encendía lo suficiente como para no perder la concentración y cada tanto chispeaba y soltaba una guasada para inyectarse lo necesario e ir remando el día. Todo a la mínima potencia para poder cumplir con tareas ineludibles. Ahora bien, el momento más feliz para Ignacio y el más difícil para la Sombra era cuando el tintillo se esparcía por la lengua de Ignacio y fluía entre las papilas como una marea de sangre espesa. Se notaba que lo disfrutaba al punto del éxtasis, porque la Sombra debía replicar la piel de gallina, los pelitos parados en la nuca y el leve estremecimiento en los cachetes cada vez que el líquido se escurría por la garganta.

—¿Y? ¿Lo de siempre, *karai*? —le preguntó el dueño del bar.

Antes de que la Sombra pudiera reaccionar, el dueño ya había dejado frente a ella un vaso de lata hasta el tope, servido directo de un cartón destapado desde mucho antes y que la Sombra sospechaba que el dueño, con su bigote de morsa, le daba unos buenos tragos antes de distribuir el resto entre sus clientes. De todas formas, intuía que, de saberlo, eso no le hubiese importado al bueno de Ignacio, que sabía vivir con lo que se le caía del cielo, fuera una manzana o un rayo; el que apreciaba lo que encontraba en el piso, fuera una moneda o un tornillo que poder acumular. Pese a la evidente perfección en el modo de vivir de su amo, la Sombra se ofendió porque la habían confundido con él.

—¿Ya te olvidaste *piko* de cómo se toma? Yo te muestro —le dijo el dueño.

La lección consistió en beber el cartón de vino entero para tratar de que, lo que pensaba que era Ignacio, recordara un acto más instintivo que el del recién nacido acercándose a la teta, porque esto último proviene de una mujer, pero la uva surgía de la tierra misma de la que todos emergimos. El dueño cortó la lección porque en otras mesas necesitaban de su pericia y la Sombra quedó sola y tranquila para tratar de agarrar el vaso por sus propios medios. Su mano rodeó el vaso por completo. Cada centímetro cuadrado de oscuridad le dolió como si fuese una nube de avispas que se atacara entre sí, al contrario de pararla, agradeció el sufrimiento porque le otorgaba una pizca de personalidad.

—Dale, *che ra'y*. Fondo blanco *re'u ara*. Dale que —le dijo un borrachín que frecuentaba el bar todos los días.

—¡Fondo blanco! ¡Fondo blanco! —corearon los que estaban en el local.

Ante esa presión ya no había marcha atrás, todos los ojos posados en ella por primera vez, protagonista de su propia función, no los decepcionaría. Se concentró en el vaso como si nunca hubiese existido otra cosa en la historia del universo, como si no existiese universo, solo este vaso, definiendo los límites de lo que es y no es, y lo llevó hasta una boca que improvisó en el momento para verter el elixir helado. Los gritos que la rodearon le hubiesen hecho sangrar el tímpano si es que hubiese tenido uno. La idea de la ataraxia ya no le era tan atractiva en medio de ese Valhalla. Se emocionó tanto que, mediante gestos, invitó una ronda a todos sin tener en cuenta que no tenía bolsillos en los cuales guardar dinero. Escapó escurriéndose entre las grietas de la pared del local, antes de que el dueño empezara a llamar la lista de los morosos de la jornada.

La Sombra buscó una casa. No hacía falta que fuera una mansión, había humanos que tenían como casas cajas de cartones y papel diario como colchones, eran estilos diferentes, supuso. Encontró una casa abandonada cuando estaba a punto de amanecer. El techo tenía agujeros y la única puerta que seguía en pie era la que daba a la calle, que pendía de una sola bisagra. Había adquirido la capacidad de mover objetos, pero aún le resultaba toda una proeza trasladar un ladrillo desde un rincón de la habitación hasta el patio, en donde los yuyos amenazaban a los árboles en altura.

Trabajó durante todo el día y le dolió donde tendrían que haber estado los músculos. Cayó la noche y así también los que solían frecuentar la casa abandonada. La Sombra se escondió en un rincón, eran demasiados como para enfrentarlos y había trabajado mucho como para dejar el lugar. Esperó para ver cómo se daban las cosas. Los muchachos sacaron sus pipas caseras, eran toscas, pero estaban bien hechas, evidentemente no era la primera vez que fabricaban

una, los años de adicción los había convertido en avezados artesanos. Fumaron en círculo, un ritual sagrado, en donde no invocaban nada, ansiosos de desprenderse de todo. La piedra se deshizo en sus pipas como el algodón de azúcar en el agua y lo aspirado no tardó en agitarlos. Eran bersekers peleando contra sus propias sombras. La luz del alumbrado público que entraba por las persianas rotas dibujaba la danza bélica entre las sombras y sus amos, como en un sueño, un frenesí. Corridas las horas los cuatro muchachos se durmieron y uno de ellos ya no despertó. Fueron tres empates y una sola victoria. La sombra del muerto saltó de júbilo y no tardó en fundirse con la oscuridad que le rodeaba, para huir eternamente de cualquier atisbo de identidad. Por primera vez, La Sombra tuvo envidia y quiso vomitar el vino que no tomó.

Clareó el día y los muchachos que quedaban se levantaron como pudieron. Patearon al otro para comprobar si estaba bromeando, pero al no moverse lo dejaron ahí, como si nunca se lo hubiesen cruzado en la calle. Las sombras de los tres miraron extrañadas a la que seguía escondida en un rincón y les fue imposible protestar.

Ahora que volvía a estar sola sopesó las posibilidades que se le presentaban al tener el cadáver en frente. No había podido usurpar el lugar de otras sombras porque sus dueños estaban vivos, pero ahora tenía un humano a su entera disposición. Lo cargó hasta mantenerlo firme y lo movió lo mejor que pudo, ahora ella sería el titiritero y… no, no funcionaría, seguiría estando relegada después de todo y haber sido el centro de atención por unos cuantos minutos la había hecho feliz. Pretendía repetir esa sensación hasta el hartazgo.

Nadie podría juzgarla por su falta de imaginación después de haber movido objetos sin tener músculos y de haber bebido sin tener garganta. Primero copió los colores del rostro del muerto, luego el de

su cabello hasta completar todo lo demás. El sol entró y salió como un balero durante el tiempo que le llevó perfeccionar su habilidad camaleónica. La completó en el momento justo, cuando los huesos del cadáver quedaron al aire y unas cuantas moscas lamían los tejidos que quedaban. De entre toda esa podredumbre saldrían flores que nadie vería.

En la calle pasó desapercibida durante un rato. La soltura en sus pasos era producto de la incansable repetición. Los colores eran lo suficientemente brillantes y las formas tenían las proporciones justas; todo estaba bien, excepto una cosa. De todas las personas a las que se cruzó, una sola se detuvo a mirarla con detenimiento: un niño la rodeó para husmear y no había ningún adulto cerca que se lo pudiera reprochar. Se mantuvo quieta, como un cervatillo cuando un león la olisquea a centímetros del cuello. El niño se escondió detrás de ella y el sol le seguía dando en la cara, no sabía explicarlo, pero para el niño algo andaba mal con esa persona. Ella cayó en la cuenta de lo que le faltaba: una sombra.

Volvió a la casa abandonada para descansar. El proceso de metamorfosis era agotador. Para los humanos siempre existía algún pendiente, al finalizar una tarea surgían dos más, incrementaban en progresión geométrica, consistía en la construcción de un castillo sin techo, sin cimientos, con paredes que debían desarmarse para llevarlas a otro sitio, las circunstancias caprichosas demandaban con todo el fulgor una adaptación constante, interminable. En el poco tiempo como intento de humano, la Sombra sintió pasar por su rostro una cantidad ingente de máscaras que guardaría en un baúl sin fondo y sin cerrojo. Divagar dolía bastante, quiso ser el musgo que crecía por los huesos del cadáver del drogadicto.

«Hacer una sombra, hacer una sombra», pensó. En perspectiva,

toda la transformación por la que había pasado era fácil, copiar el aspecto de otro, imitar los movimientos de las personas que gastaban las baldosas de las veredas; en comparación a replicar lo que alguna vez fue o seguía siendo en parte, era un reto que amenazaba sus capacidades. Tenía una fórmula, pero a un precio salado, adelgazó su talle y recortó su altura, dejó ir un pedazo de sí y frente a ella cayó una nube de humo hecha celofán.

Ahí estaba, fulgurante y regordeta, la silueta de ceniza, nadie le había dicho que tenía que copiar los movimientos de su ama, albergaba en sí una naturaleza salvaje, casi indómita.

—Por lo que veo, soy tu sombra —fue lo primero que dijo.

La original, su procreadora, le indicó apuntándose en el pecho que ese era su nombre, su identidad, pero al instante se dio cuenta de su error.

—Una sombra no puede tener otra. Es como si un humano arrastrara a otro. ¿Qué sos entonces? —le increpó.

Caminó por su cuenta y su creadora fue jalonada por su arrastre. Usurpó las calles como si en cada pared y vereda estuviera inscripto su nombre, ansiosa de ver qué le ofrecía la existencia. Tenía tanta sed que intentó succionar la humedad de los ladrillos, los charcos del asfalto fueron manantiales que no la mojaron.

—Para esto me traés al mundo —le dijo la nueva sombra—, para que no sintiera nada. Pero yo voy a sentir, no como vos, remedo de carne.

La nueva la estiró por las veredas agrietadas, se deslizó por los pisos rotos y franqueó los cráteres en los pasos peatonales. Llegaron

hasta el bar del señor morsa y exigieron con vehemencia que exprimieran los viñedos de todos los continentes en su garganta y que, si quedaba una sola uva en la faz de la tierra, esa noche habría un asesinato. La nueva tomó las riendas de cada copia de tendón y ligamento, ella misma impulsó lo que ahora era sangre a través de lo que ahora eran venas. La Sombra original de Ignacio había construido un cuerpo desde cero, ni siquiera había usado barro como el Creador, tampoco pudo soplar nada porque al momento de hacerlo ni siquiera tenía boca. Había creado el todo desde la carencia absoluta y, ahora su creación, óleo en tres dimensiones, pasaba a manos de su segunda y tan bochornosa creación, malagradecida de haberle insuflado vida. La había hecho de una parte suya, como lo hicieron con Eva, y de una forma más desdeñosa la echaron del paraíso. Alguna vez escuchó decir a Ignacio que la vida no era justa y esperar algo más era cosa de *tavýchos*. Pronto perdió por completo el control en su boca; de todas formas, nunca aprendió a hablar. La nueva también necesitaba de los oídos para poder conversar con los otros y se los arrebató sin ningún aviso. La Sombra quedó sin voz y sin oídos. Otra cosa que creyó aprender de Ignacio es que es mejor perder las cosas por cuenta propia a que otros nos las saquen; si no podía gozar de lo que le costó tanto esfuerzo construir, no lo tendría nadie, ni siquiera aquella parlanchina sombra nueva que se desprendió de su silueta.

Antes de que la otra hiciera algo, la Sombra desenhebró el cuerpo que tanto le había costado armar. Sus costados cayeron en hilachas multicolores que parpadearon unas cuantas veces antes de apagarse encima de las baldosas gastadas. Los borrachines del bar trataron de explicarse qué había pasado. *Oiméne Aña mba'e*. A más de uno le dio *pirĩ* desde el cuello hasta las patas, pero no tardaron en apaciguarse inclinando sus vasos. La Sombra permaneció quieta en el suelo, admirando desde abajo la oscuridad veteada que cruzaba el techo del

bar; serían tal vez restos de colegas suyas que no pudieron acercarse a montañas o cerros o árboles que rasgaran el cielo para descansar eternamente en sus opacidades. Ahí le tocó a ella, entre pasos húmedos y paredes mohosas, entre sillas y mesas surcadas por *kupi'i*, rodeada del vaho que nacía de gargantas fermentadas e intestinos cenagosos. Le había tocado ahí, en ese lugar sin pizca de gracia, pero no necesitaba nada más.

BÚNKER

—Me dejaron *Los demonios* de Dostoievski y traté de usarlo como reloj. Con cualquier otro libro de las mismas dimensiones tardo aproximadamente dos minutos en leer una página, entonces si leía diez páginas eran veinte minutos y así intentaba fragmentar el tiempo.

—¿Cuántas veces lo leyó?

—Conté siete y luego empecé de nuevo y conté siete, pero no tenía un parámetro, ¿entiende? No veía salir el sol ni la luna.

—Pero usted dormía regularmente.

—No, no entiende. No había regularidad porque no había parámetros. En un principio el hambre también era mi reloj, me daban de comer y pasado un tiempo tenía hambre. En el desayuno me daban café con leche y un pan con mermelada, calculaba que al volver a tener hambre habían pasado unas cinco horas. No me trataban mal, ¿sabe? Comía bien y siempre me traían los enseres para asearme.

—Entonces no lo maltrataron, no lo golpearon y tampoco abusaron de usted y luego simplemente lo soltaron.

—Abusaron, abusaron... no. Aunque la falta de sol...

—Usted soltó la lengua ¿sí o no?

—¡No, porque nunca me preguntaron nada, carajo!

—Suficiente por ahora. Vamos a continuar mañana.

Nadie más que él podía saber de lo placentero del sol pegándole en la piel hasta achicharrarla un poco, rozando el riesgo de sembrar

melanomas. Hasta el excremento de un pájaro escurriendo por su cabello hacía que se sintiera aliviado, al saber que encima suyo había un cielo colosal, lo suficientemente alto como para no golpearse la cabeza al saltar.

En su casa lo esperaban su hija y su esposa, quienes lo llenaban de besos al llegar. No les contaría que desde que regresó a su hogar no había ido ni un solo día al trabajo, se pasaba las mañanas y las tardes bajo una lámpara blanca, respondiendo a un funcionario que siempre usaba la misma ropa y el mismo peinado, que le soltaba las preguntas como esos pobres jóvenes que reparten volantes en las esquinas, frente a algún café, esperando que sus manos queden vacías en algún momento, sin ningún interés en si el que las recibe los lee o no.

No podía hacer nada más, era el Estado. En ese preciso instante estarían filmándolo o grabando lo que pensaba, escarbando en sus recuerdos más hondos para unir cabos. Ahogar el pensamiento era reconfortante, descansar en el vacío, en el silencio absoluto, su mente vuelta un corredor blanco que se extendía hasta que él mismo dijera basta. Nadie podría arrebatarle el vacío.

Al estar con su familia disfrutaba de escucharlas comer, sus dientes troceando la carne y volviéndola pasta, el crujir de sus muelas si se topaban con algo más duro, un pedacito de hueso masticado por error. La ausencia de esperanza era su cometido. Contradictorio. El miedo aparecía recién cuando se iba a dormir, once de la noche. No hacían falta rituales: era bajar una perilla para pasar al sueño. Ahí estaba otra vez la lámpara blanca sobre su cabeza, creía que era la misma que estuvo en la sala de parto cuando nació, cuando fue por primera vez a la escuela, la que iluminó incontables expedientes a través de los días escurridizos, el infierno sería un mundo con una

lámpara en vez del sol, bañando cada milímetro de nuestras pieles con su blancura asquerosa.

En el sueño volvía al búnker, sentado en el rincón izquierdo, con las manos atadas a la espalda, el techo excesivamente bajo, tanto que su cabello lo frotaba al estirarse un poco para que no se le durmieran las piernas. Las carceleras eran dos, mismo color de pelo, misma estatura, misma piel, antagónicas por sus proporciones, traían consigo el olor de fuera, del jugo de pasto en sus botas y del rocío mezclado con el champú, el sudor acumulándose debajo de los uniformes. Él las amaba más que a nada en el mundo. Esperaba con ansias que le preguntaran cualquier cosa para responderles al instante. Podría decirles cómo funcionaba todo, darles nombres, ubicaciones, programas que había memorizado al punto de poder recitarlos al derecho y al revés.

Lo despertó una mano gruesa con el tacto de la lija. El funcionario, el que lo entrevistaba día a día, puso un dedo sobre sus labios para que no profiriera el menor quejido, ladeó su cabeza indicándole que lo siguiera. Su esposa seguía durmiendo con ronquido acompasado, dudaba si realmente dormía o fingía. El funcionario lo llevó hasta la cocina.

—Acá está mi fami…

—Su familia es el Estado, señor Gutiérrez. Todo lo demás es una extensión de este y nada más.

Salieron de la casa. Gutiérrez no tenía ánimos de preguntar dónde iban, pero ya lo intuía. Las veredas estaban cubiertas por el alumbrado público, faros incandescentes que alargaban y extinguían sus sombras en un proceso iterativo. Focos y más focos, podía saborear la luz de los focos, los fotones chispeando en su lengua, bajando por su garganta hasta llegar a su estómago, un racimo de centellas crecía

en su vientre. Pestañeó un par de veces y ya estaba en la sala del interrogatorio.

—Usted siempre toma la iniciativa, pero esta vez…

—Señor Gutiérrez, cállese y siga el protocolo al pie de la letra.

—El protocolo me lo paso por la bolsa de los huevos. Estoy harto. Me van a llover preguntas hasta que responda lo que ustedes quieran. ¿Para qué tanta cháchara si ya habrán puesto algún chip en el núcleo de mi cerebelo? O en alguna otra parte. Tendrán una copia completa de mis recuerdos en algún lado.

El funcionario clavó una mirada que parecía atravesarlo, una lanza a través del humo.

—Háganme el favor de matarme —dijo Gutiérrez.

—El Estado no malgasta recursos, no destruye lo que es de su propiedad.

—¿Qué pasa si revelé todo lo que sabía? ¿Y qué si les dije a mis secuestradoras todo lo que sabía a cambio de tenerlas, aunque sea una vez?

—¿Lo hizo?

—Usted sabe que no sé.

—Es por eso que creamos esto.

Detrás de Gutiérrez había una puerta, en la misma sala en la que lo habían interrogado tantas veces, nueva, porque nunca la había visto; sin embargo, la madera estaba gastada en el centro, como si los

nudillos de un ejército la hubieran golpeado hasta combarla, preguntando al superior que estaba al otro lado si tenían permitido pasar.

—¿La reconoce? —dijo el funcionario.

—Sí.

—Crúcela.

Gutiérrez la cruzó. Vio aquella puerta una sola vez y fue abierta por otras personas, una vez bastaba para recordar cada grieta y cada astilla que resaltaba. La voz del funcionario resonó en su cabeza: «Puede llamarme cuando quiera, si tiene dudas, aunque espero que no las tenga». Quiso preguntar cómo había podido infiltrarse en su cerebro, pero el Estado podía todo en todo momento. Uno no le pregunta a Dios cómo hizo la luz. Gutiérrez se puso una venda que sacó de su bolsillo y se tapó los ojos; debía replicar casi a la perfección todo su trayecto. Pasó por un largo corredor que se sentía como el esófago de una ballena azul, el vaho empapó sus pulmones. Supo que llegó cuando la luz traspasó las vendas y el sudor de las dos secuestradoras colmó el búnker.

—Dígame qué ve —dijo el funcionario.

—Usted ya lo sabe —dijo Gutiérrez.

—Quiero su interpretación.

—Estoy en un cuadro de Botero, con el fondo sin pintar.

—¿Qué siente?

—Devoción.

—¿Hacia el enemigo?

—Al instante en que me pregunten algo voy a soltar la lengua como no se imagina. Voy a contar hasta lo que no sé. Con precisión milimétrica. Escribiré reportes tan largos que tendrán que ponerlos en el libro de arena. No se imagina cómo voy a traicionar al Estado.

Las secuestradoras lo miraron extrañadas.

—¿Qué te pasa, pajarito? ¿Estuviste soñando?

—¿Querés que te traiga un pan con mermelada?

—¿Cómo pueden ser tan reales? —preguntó Gutiérrez al funcionario.

—Usted está realmente ahí, frente a ellas.

—Es una simulación —dijo Gutiérrez.

—No hay simulación, no existen los simulacros, todo es real, señor Gutiérrez.

—Ustedes no existen y eso me apena bastante. Pero sepan que me alegro de verlas. Pregunten todo lo que quieran, por favor. Cualquier cosa.

—¿No tenés una esposa que te espera en casa?

—Tengo una esposa y una hija. Ambas asignadas por el Estado.

—¿Qué diría tu esposa si supiera cómo nos ves? Tus ojos tienen patas, pajarito.

Gutiérrez no quiso impedir que la sangre se le agolpara en su callejón y las pupilas de ambas se ensancharon. El hambre latente. La inacción era una tortura incatalogada, la peor de todas, más aún

por su falta de clasificación. No les costaba nada alargar las manos y apretar los dedos, pero se mantenían a la distancia justa para que a él lo embargara el efluvio que caía de sus valles invertidos.

—¿Qué es lo que nos querías contar? —preguntó una de las carceleras.

«Tenés familia y trabajo seguro, el Estado te provee de todo, Gutiérrez». No era el funcionario el que le hablaba, era el eco de su propia voz. Tenía en la punta de la lengua los quince dígitos con los cuales se podría acceder a todos los datos del Estado, lo traicionaría con todo gusto, el Estado era él mismo. «Anoten», dijo, y recitó la seguidilla de números, mientras trataba de recordar los rostros de su esposa y su hija, que eran el suyo propio. Un espejo fragmentado en millones de partes. Las carceleras lo soltaron y lo guiaron por el largo pasillo, pasó de la blanca luz a la oscuridad total, con cada paso que daba el calor subía. Pensó que los ojos se le desgarrarían cuando las mujeres abrieron la puerta que daba al exterior. Espacio sin cemento, sin focos ni fluorescentes, solo el sol dando de lleno en la hierba que se extendía hasta el horizonte. Los primitivos sabían vivir, extrañaba el petricor pegándose en sus vibrisas, pero nada de eso lo había creado él, el puesto de Dios había quedado vacante hacía bastante tiempo. La ubicación de la resistencia se transmitió al instante en que las carceleras lo sacaron a la superficie, una muestra de agradecimiento de la cual no podrían arrepentirse, porque el sol se opacó ante el resplandor de las ojivas que abarrotaron el cielo. Uno no le podía preguntar a Dios cómo había hecho la luz, pero si le preguntaban a él diría que ese era su método.

ARRORRÓ

Mamá se moriría en tres días. Ni más ni menos. No es que yo pudiera ver el futuro o hiciera una mórbida apuesta, ella misma nos lo había dicho. Nos miró a la cara, uno a uno, y nos dijo que quería morir el día de su cumpleaños, después de comer una torta de selva negra que contuviera la mayor cantidad de calorías. ¿Fue egoísta de mi parte querer que siguiera viviendo pese a su excesivo dolor? Sí. Pero la única forma de amor es la egoísta, la que quiere todo para sí, no me vengan con el cuento del amor libre, bueno, cada uno con lo suyo, pero yo no compartiría a mi mamá con el resto, más que suficiente compartirla con mis hermanos.

Me escabullí varias veces hasta su habitación para tratar de persuadirla, le dije que la vida es bella por más de que uno tenga agujas en las articulaciones y descargas eléctricas en los músculos. Ella siempre pudo ver a través de mis ojos y no juzgaba mi mezquindad; entendía su rol de proveedora absoluta, pero tuvo como primer y último acto de rebeldía privarme de su existencia, y he de decir que la odié un poco por ello.

Junté sus fotos en un solo álbum, anoté sus recetas en un gran cuaderno y en otro aun mayor escribí todas sus anécdotas. Grabé su voz en el celular, pero algo no estaba bien, se escuchaba seca, insípida, carente de todo color. Se me acababa el tiempo, mis hermanos estaban presentes casi siempre, conversando y abrazándola. Estorbos. Cuando llegó el momento, se vio de qué estábamos hechos, ellos salieron porque afirmaron que no podrían soportar ver cómo los ojos de mamá se apagaban, opacarse hasta desvanecerse. Quedé con el doctor que sostenía tembloroso la inyección.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué tanta tembladera? —le pregunté.

—No me prepararon para matar, se supone que…

—Pero ya está acá ¿o no? —dije.

—Sí, pero es que…

—Pedazo de estúpido. ¡Maricón!

—¿Qué pasa, mi amor? ¿Por qué tanto barullo? —me dijo mamá.

—Nada, viejita linda, nada de nada.

Le arrebaté la inyección al doctor y ahogué mi rabia para no tatuarle la suela de mi zapato en el medio del culo. Se dio la vuelta y fue hasta la pared, casi hasta pegarse. Me acerqué a mamá, ya tenía la vista perdida, admito que también me tembló un poco la mano, pero no había vuelta atrás y cuando le busqué la vena en el brazo me acordé de que me haría falta su voz, la auténtica, la que no estaba filtrada por la electrónica. Cuando quedan tan pocos segundos no hay intento que no valga, me rebusqué en su mesita de luz y encontré el frasco en el que guardaba mis dientes de leche y los tiré. Le pedí que me hablara, que dijera cualquier cosa, algo. Me cantó el arrorró con el aire escaso de sus pulmones y junté sus palabras con la minuciosidad y delicadeza con la que un arqueólogo cepilla un fósil; no quería que ninguna de sus palabras se agrietara, quería guardarlas íntegramente en el fondo del frasco, una a una, ordenaditas, como quien guarda bolas de algodón. Tapé el frasco lo más fuerte que pude y le apliqué la inyección. No me quedé a ver el efecto.

—¿Qué fue lo último que dijo? —me preguntó mi hermano.

—Lo sabrían si es que se hubiesen quedado hasta el último momento —les dije antes de irme.

No sé si llegaron a entrar a la habitación o si es que quedaron parados, esperando que alguien más retirara el cuerpo. Maldito el día que aprobaron la eutanasia. Maldita mamá que me hizo quererla tanto. Aguanté cinco días y ya me picaba la piel por la abstinencia de su voz, preparé arroz con leche y lo guardé en baldes de veinte litros, la canela se percibía por toda la casa.

—No me digas que tu mamá te preparó todo eso antes de morir —me dijo Rita.

—Lo hice yo. Anoté la receta.

—Es bueno que por fin descanse. ¿Con qué fin alargar tanto la vida?

Rita juraba por todos los santos que esta clase de sermones la hacían una buena esposa, pero lo único que lograba era convertirse en la reina de las pelotudas. Lo hacía con voz tierna, pausada, rumiaba cada palabra y las ponía una detrás de otra como un reguero de pólvora y cuando esta se encendía ella ya estaba en otra habitación, protegida de las esquirlas que pudieran dispararse en todas las direcciones.

Había puesto el frasco en el garaje, al lado de la caja de herramientas, donde Rita no iba nunca. Dudé. Tuve miedo de que el frasco se cayera y las palabras de mamá se esparcieran por el piso; giré la tapa despacito, desactivar una bomba hubiese sido menos estresante. Aflojé la tapa hasta que la abertura alcanzó el grosor de una pestaña y pude oírla.

—Abandonale a Rita si es que te jode tanto. Ya estás mayorcito para ser tan pollerudo.

Junté mis cosas en dos maletas. Rita se podía quedar con la casa si así lo quería, podía prohibirme que volviera a ver a mis hijos por lo que me quedara de vida, qué más daba. Llos consejos de mamá eran sentencias que convenía no ignorar; ella no aplicaba las sanciones si es que no las seguíamos, era la realidad misma la que nos daba un mazazo en la cabeza. A Rita le temblaba el párpado mientras me veía empacar, se consolaba diciendo que mi conducta se debía al duelo, pero yo ya me había planteado el problema de la muerte antes de que se me hubiesen caído los dientes de leche.

Puse el frasco en el asiento del acompañante y le ajusté el cinturón de seguridad. Qué otras cosas tendría que decirme mamá. Tampoco podía abrir completamente el frasco y desperdiciar en una ráfaga todas las palabras. Mi pie cayó con el peso de un alud sobre el acelerador, no podía controlarlo y tampoco quería hacerlo. Se me presentaba el dilema de alargar el uso del frasco por toda mi vida, abriéndolo cada dos años, o cinco, o diez, y la posibilidad de que en esos intervalos mi sangre dejara de correr y que alguien más tomara el contenido del frasco para su beneficio.

Mi sangre sí corrió, pero por el pasto que estaba al lado del camino. Todo a mi alrededor era rojo y verde como en las películas navideñas yanquis. Mi sangre en motitas por toda la vegetación que me rodeaba. Levanté un poco la cabeza y vi el auto a unos cien metros, el seguro no me lo cubriría. Antes de comprobar que tenía todos mis órganos adentro, busqué el frasco. Al no poder levantarme, supe que lo que tenía dañada era la pierna, que se sentía como una bolsa de carne molida que uno deja por demasiados días en la heladera y que contamina todo a su alrededor. Me arrastré hasta el auto y ahí estaba el frasco, el vidrio roto formaba una nebulosa, los pedazos de cristal brillaban fulgurantes.

Di por hecho que todas las palabras de mamá se habían perdido para siempre y ya no me quedaban más que anotaciones y fotos, objetos que se descompondrían con el polvo y el viento, con la luz que desgastaría sus pigmentos. A unos metros del frasco se arrastraba una masa blancuzca, de la misma tonalidad que la maicena con la que mamá hacía crema. Pareció verme y se alejó con mayor rapidez, escapaba de mí. Pese a mi pierna rota pude alcanzarla y la sujeté, trémula en mis manos, temerosa de cualquier movimiento mío. Olía como una remera recién planchada, como el suavizante en una sábana limpia, olía como la leche hirviendo mientras se revuelve para que no se formen grumos. Algo me hizo saber que esa masa se esfumaría enseguida y la tragué de un solo sorbo.

Caminé hasta casa, arrastré mi pierna rota que palpitaba como si estuviera muy lejos. Rita estaba sentada en la cocina, con una botella de wiski a punto de acabarse. Me preguntó por qué había regresado y fui directo a la hornalla para calentar agua en una olla. Fui echándole cebolla, zanahoria y locote, aparte sellé la carne para luego tirarla con el resto de los ingredientes, los olores que se desprendían del agua hirviendo se convirtieron en estelas de colores que serpentearon por la cocina. Invité a Rita a que se retirara, dándole una palmada amistosa en el hombro, no quería que pensara que le estaba cocinando como ritual de reconciliación. La pierna me seguía doliendo, pero no me importaba, porque faltaba poco para que estuviera lista la comida.

Agarré el plato más hondo que tenía en la alacena y me puse a comer el puchero a las cuatro de la madrugada. Zapateé de alegría, mi pierna ya estaba bien, solo hacía falta una buena comida caliente para recomponerse de cualquier mal. Las recetas de mamá nunca fallaban.

Rita hizo el amago de venir a preguntarme qué había pasado, pero la corté con una mirada. Tantos años siendo atosigado por esta

mujer, para ahora poder dominarla con solo un gesto. Mamá me había dado el consejo después de muerta, pero no por eso era menos útil. Agarré mi frazada favorita y fui a dormir al sofá, al día siguiente reemprendería mi retirada del hogar. Los ingredientes borboteaban en mi estómago; era evidente que no había seguido la receta al pie de la letra.

—En vida me dio vergüenza decirte que te apartaras de esa mujer, hijo, pero mejor tarde que nunca.

La voz de mamá me venía desde muy cerca, su recuerdo estaba tan presente que la sentía en la propia sala, en mi piel. El estómago se me retorcía tanto que pensé que se abriría un tajo grande en medio del abdomen.

—Tampoco es que yo tenga la responsabilidad de decirte lo que tenés que hacer a estas alturas. Siempre te faltó actitud.

Era la voz de mamá, pero no era algo que ella diría. Ella era candorosa, servicial, atenta a lo que mis hermanos y yo necesitáramos.

—Sé lo que pensás, pero vos y tus hermanos ya me tenían las tetas por el piso. ¿O por qué pensás que les pedí morir? Ya era suficiente, che. No sé cómo te ingeniaste para traerme de vuelta.

Me levanté la remera para verla, su cara abarcaba toda mi panza. El rostro de mamá era similar a las estatuas semienterradas en la isla de Pascuas. A Dios gracias que habíamos heredado el rostro de papá, lo único bueno. Ahora mamá y yo éramos un tótem, más juntos que nunca para enfrentar hasta al mismo Diablo en un moquete a puño limpio.

—¿Por qué te reís, estúpido? ¿Te parece normal que estemos así?

—No, pero me gusta. No le veo lo malo.

—Cuando nos vean tus hermanos van a arrancarse los cabellos.

—No tenemos por qué contarles. Vos y yo contra el mundo, mamá.

Si no hubiese sido por el grato regreso de mamá hubiese esperado hasta que saliera el sol para reemprender la retirada. Si Rita aparecía una vez más posiblemente ya no tendría la delicadeza de comunicarme con gestos. Ahora bien, tendría que hacer un listado de las cosas que quería que mamá hiciera por mí: cocinarme, lavar mis ropas, plancharme las camisas, limpiar todo lo que me rodeara para que mi alergia no se topara ni con la más insignificante mota de polvo.

—Sé bien lo que estás planeando y no pienso mover ni un dedo para vos.

—Tampoco es que tengas tantas posibilidades de elegir, mamá.

—Tampoco es que tenga dedos para mover, así que ni si quisiera.

—Podemos hablar hasta dormirnos, sería suficiente por el momento.

Alquilé una casa pequeña cerca del trabajo. A mamá parecía no molestarle estar tapada por una camisa y un saco durante ocho horas, ella nunca tenía inconvenientes con nada. Vivir para servir. Una excelente cristiana.

Al llegar a casa conversaba con ella largo y tendido: recordábamos mi primer día de escuela, de las veces que tuvo que buscarme por estar enfermo o por haberme caído y golpeado fuerte.

—La verdad que eras muy pelotudo, haciendo cagadas todo el tiempo.

—Como todas las criaturas a esa edad, ni más ni menos.

—No te creas, tenías una torpeza extraordinaria. Hasta ahora. Cuando cumpliste siete años, tu papá y yo llegamos a la conclusión de que nuestro único objetivo como padres era que no te murieras atragantado por tu propia saliva.

—Sin embargo, soy el mejor de tus hijos. ¿O por qué me dejaste casi todo a mí?

—Lucía tiene dos títulos e Ignacio es empresario. Ninguno de ellos necesitaba que le dejara ni un solo guaraní.

—Pero a mí me va bien en el trabajo.

—Sos funcionario público, hijo. Marcás entrada y salida y en el medio de eso te ingeniás para matar el tiempo. Ahora que estoy pegada a vos, doy fe de ello.

Llegué a la conclusión de que lo que me había salido en el abdomen no era mi mamá.

—Sí, sí soy tu mamá.

Que lo que tenía en medio de la panza no era más que algún demonio o símil.

—Nadie dice «símil», Toño. Ay, que pedante. Además, puedo escuchar todo lo que pensás y el título de «mamá» me lo gané, porque te tuve y te crié a pesar de no haberte querido.

Definitivamente esa no era mamá y tenía que librarme de ella.

Pobre Antonio. Yo misma les pedí que me sacaran de esta vida fatigosa y después de haberme regresado a la fuerza, se queja de que esté acá con él, más juntos de lo que cualquiera hubiera deseado. Pude cumplir con mi rol toda una vida, una vida larga y atiborrada, pero en una segunda vida ya no podré, ya no puedo. Supongo que ya no pueden juzgarme, ¿o sí? Y si lo hacen, ¿qué importa? No seré madre después de muerta. «Mamá» ya no es mi nombre y los muertos no pueden matar, porque los muertos vivientes no existen.

Uso el vestido que siempre quise, con un corte largo en la espalda. Ya no hay nadie que me lo prohíba, ni niños que cargar que puedan estirar y deformar la tela. No hay biberones que esterilizar, tampoco pañales. De vez en cuando paso frente a las casas de Lucía e Ignacio. No me reconocen y no lo harán. Me enteré de que Rita sigue buscando, pero a estas alturas ya nadie sigue con el caso, pobre Rita, la juzgué tan mal. Espero que ella también pueda soltar esa carga, así como yo lo hice.

CUERO EN CERA PERDIDA

A Gustavo Beckelmann y Gisele Baddouh

Gustavo se hartó de inventar colores. Si existía un árbol frondoso y repleto de manzanas junto a un oasis, él podía replicarlo y darle más brillo, más profundidad; si había montañas que rasgaban el cielo y estaban cubiertas de azúcar impalpable, él las hacía aún más grandes y las formaba de tal manera que pudieran codearse con las estrellas. Los críticos decían que la realidad era una copia chapucera de sus cuadros, pero él solo veía el lienzo y la sucia huella de sus pinceles. Los demás no sabían nada. Los halagos eran el combustible de los necios. Él no necesitaba que los perros le lamieran los pies.

La Mujer del Pelo en Llamas, que vivía al otro lado de su esternón, en un departamento más grande por dentro que por fuera, que Gustavo diseñó en su época de estudiante, antes de sangrar paisajes de sus dedos, le regaló una torre de jade invertida que él tuvo a bien guardar en medio de su sótano. Hasta el momento no se había atrevido a emprender el ascenso en retroceso, la idea de escalar en bajada los verdes ladrillos de la torre hacían que la barba se le erizara y los lentes se le empañaran, pero la necesidad estaba ahí, latente, era la misma necesidad creadora que convertía sus brazos en pinceles, que le ardía en el hígado como el wiski azul.

Gustavo no tenía un Virgilio al que poder guardar en su bolsillo, así que tuvo que improvisar, como casi todo en la vida. Agarró a una araña panzona que habitaba entre colchas de seda en un rincón del sótano y le insufló su propio halo en el vientre para que le sirviera de lámpara. La araña no se opuso, comprendió la importancia de la tarea y se prendió como un arete del lóbulo izquierdo de Gustavo.

Tardó más que aquel extraño que escaló su castillo para llegar a la superficie y encontrarse con un espejo. Resbaló en varias ocasiones, pero la araña no se había limitado a alumbrarle el camino: cada vez que hacía falta soltaba su seda viscosa para que Gustavo pudiera asirse. En la punta misma de la torre había una puerta, al otro lado se escuchaban todas las lenguas que existieron, que existen y existirían en el mundo. Golpeó la puerta tres veces y del otro lado preguntaron quién era y él contestó.

—¿Quién lo manda?

—La Mujer del Pelo en Llamas.

—¿Y está con usted?

—No, murió hace tiempo.

La puerta se abrió. Un obispo tapaba la entrada con su barriga, sus párpados y cejas subían y bajaban en un intento de contener un géiser de lágrimas, que no saldrían del papel de sus ojos.

—¿Cuándo y cómo?

—Hace ocho años. Los vidrios de mi hígado llegaron hasta su departamento, detrás de mi esternón, y en un descuido le hicieron un tajo grande que me duele hasta hoy.

El obispo sopesó el relato durante varios segundos y luego intentó con todas sus fuerzas estrangular a Gustavo, pero sus manos de papel añoso no hicieron más que rasparle un poco el cogote. Dio puñetazos y patadas; un origami hecho un tornado.

—Ella fue la única que se preocupó por mí y me sacó de la oscuridad, cuando el jugo de la pútrida basura estaba por corroer mi piel.

Ahora resulta que el que viene a tocar la puerta de mi reino es el que la mató. ¡Descarado! ¡Infeliz!

Gustavo quiso replicar, pero el llanto se le apelmazó en la papada. El obispo reparó en la araña que pendía de la oreja, la luz que emanaba de la panza era la misma que irradiaba de los ojos de la Mujer del Pello en Llamas cuando hablaba hasta que la saliva se le acabara. El obispo gesticuló para que Gustavo lo siguiera, de vez en cuando lo miraba por encima del hombro para odiarlo en partes.

—Ella me avisó que algún día te ibas a dignar a venir acá. ¡Oh, creador de paisajes, que dejás que la realidad replique tus obras y sus colores! ¿Por qué nos concedés tan alto honor?

La araña excretó una buena cantidad de seda en el ojo del obispo y avisó a Gustavo que todo lo dicho era en tono de sarcasmo. Él quiso contestar de todas formas, pero el obispo se alejó raudo mientras trataba de sacarse la seda de la cara, subió a un puente de tablones irregulares que se extendía hasta donde su vista alcanzaba. Siguió alejándose entre caminantes grises y altos que se encontraban en una procesión. Gustavo pasó al lado de mochileros y meretrices, de cazadores y magos, de carpinteros que sacaban los tablones del puente para colocarlos en otro lado. Cuando la neblina se disipó un poco vio que el puente terminaba en la nada y su final se construía con la madera que los caminantes sacaban del inicio. Alcanzó al obispo en el borde del puente, junto a unos peregrinos que se tomaron un descanso para ayudarlo a sacarse la seda de los ojos.

—Empezamos con el pie izquierdo, señor obispo. Le pido disculpas. Si vengo es porque ya no me queda otra opción, ya no puedo inventar colores. Estoy harto de solamente ver mis cuadros, de no poder recorrer los paisajes o habitar los castillos que pinto.

—Las dos dimensiones son un asco, es verdad, pero su insatisfacción no es garantía de que usted sea digno de dar el salto. ¿Qué le dijo exactamente La Mujer del Pelo en Llamas?

Gustavo se puso en puntillas para susurrarle al oído. El obispo ordenó que el puente dejara de moverse, rasgó sus flancos para que el aire entrara en su torso e indicó a Gustavo que se sujetara. La panza del obispo sirvió de paracaídas y bajaron lentamente hasta el valle de la muerte, donde habitaban los seres de luz que Ub-Hubb dejó entre la vida y el vacío después de darles un hachazo, antes de heredar por hierro y sangre el trono de su padre, pero esa historia pertenece a otro libro.

Una catedral se erguía imponente frente a ellos, su cúpula se formaba por dos manos entrelazadas que separaban un poco los dedos a la hora de la misa, para que entrara la luz necesaria. Tras el altar se encontraba el umbral a la mina de la que sacaban la cera. Era acarreada por los sacerdotes desarrapados hasta el centro de la catedral y vertida en moldes que La Mujer del Pelo en Llamas dejó antes de morir. Gustavo tomó nota del proceso: el bronce se vertía en los moldes y la cera se desvanecía en suspiros, al final quedaban hombres y mujeres de bronce que se apilaban en un rincón de la catedral, en donde no llegaba la luz.

—Los moldes ya fueron hechos, los sacerdotes se encargan de juntar la cera y verter el bronce. ¿En qué parte del proceso intervengo?

El obispo le señaló la panza incandescente de la araña y Gustavo comprendió. Insufló su halo en todos los seres que estaban apilados en el rincón de la catedral, cuyos ojos resplandecieron con el fulgor de mil supernovas. Formaron filas frente a Gustavo, dispuestos a seguirlo a donde él les indicara. El obispo dijo que podía llevarlos a la

superficie o a donde él quisiera, durante un tiempo prudencial, no convenía extender demasiado la expedición por riesgo a que en los cráneos de bronce brotara el albedrío.

Fueron a la superficie. Los seres de bronce peregrinaron sin problemas durante todo el recorrido, sus largas piernas y anchos pies les otorgaban adherencia a las paredes de jade. Por otro lado, Gustavo se resbalaba en cada tramo y sus creaciones decidieron subirlo a pasamano para no perder tiempo. Llegaron al sótano, apenas podían entrar. Llamó a su agente para que armara una exposición en el museo de Bellas Artes lo antes posible. Quería que el bronce desproporcionado contrastara con los cuadros lambeados por la crítica. Sería su forma de escupirle en la cara a Fibonacci y mearse en el *Canon de Polícleto*. La simetría estaba sobrevalorada, las formas debían ser tratadas con martillazos a partir de ahora. Lo que tenía para mostrar ya no era una técnica perfeccionada, era su cerebro *ryrukue* recogido y puesto en palanganas oxidadas, moldeado a vaho beodo y rodillazos.

A la exposición fueren jueces, congresistas y el presidente. Tenían una competencia implícita sobre quién vestía más caro y mejor. Gustavo tenía jeans, sandalias y una remera con cuello que usó varias veces en su taller, primero porque le chupaba un huevo el supuesto rango de los que conformaban el público y segundo, porque cuando uno está en su casa se viste como se le canta el culo. Él no estaba ahí para que le tiraran flores, en palabras suyas y explícitas: «… el arte es un *kyre'y*, una comezón que uno tiene que rascarse sí o sí porque molesta…», y bajo los reflectores puestos en el museo estaba su obra, una sarna purulenta que amenazaba con expandirse.

Invitó al público a que tocara sus esculturas, a que las vieran a los ojos para ver si estas le devolvían la mirada. Los presentes frotaron el bronce y sus manos se tiñeron de verde y el frío contacto les dio

escalofríos, temblor en las plantas de los pies, los pelos se les erizaron como si nadaran en estática pura y palpable. Se esparcieron la pátina verde por sus pieles y mancharon sus ropas caras, un ritual tántrico mundano, la agonía del eros. Gustavo caminó entre los cuerpos desmayados de los presentes, prendió un cigarro y dio vía libre a sus creaciones para que hicieran lo que quisieran dentro del museo, en el lapso en el que se acababa una botella. Haría tintinear los cristales que astillaban su hígado mientras veía su creación. El Herrero Mayor estaría muerto de envidia en su taller de forja, debajo del volcán; pero el Herrero Mayor no había perdido lo que él, tal vez una diosa con un dios de la guerra, que nunca le había correspondido y por lo tanto no tenía importancia; sin embargo, Gustavo perdió el fuelle que avivaba el fuego en sus fraguas, ya no podía pasar los dedos por aquel cabello que incineraba sus nervios, ni ahogarse en la oscuridad selvática que se desparramaba de las pupilas de la Mujer del Pelo en Llamas. Nadie en el mundo lo envidiaba. Nadie quería ponerse en sus sandalias.

Si el mundo había condensado todo el sufrimiento existente y lo había sellado en un *py'arasy* que Gustavo contenía, ¿por qué no podía vengarse? Si el mundo nos daba la vida con la muerte pegada en el rabo, al menos él decidiría en qué momento pagar con la misma moneda. Sus creaciones estaban dispersas por el museo, algunas trataban de escalar el portón que daba a la calle Eligio Ayala, pero él las detuvo con un *apysarapo* que le adormeció la mano. Esos seres desgarbados de bronce podrían formar un ejército sigiloso y letal; con los moldes suficientes podría desatar un pandemónium que brotara de la torre de jade invertida.

Gustavo emprendió el regreso con sus creaciones, debía volver a escalar en retroceso la torre de jade. Las calles de Asunción estaban

vacías, como si sus habitantes percibieran el azufre que rezumaba del asfalto, los semáforos titilaban en un intento desesperado de zafarse del concreto y huir de todo ser humano. Los seres de bronce estaban tranquilos, menos uno, que movía la cabeza de un lado a otro, el cordyceps del albedrío se expandía por su mente a través de cientos de esporas. Una vez que su conciencia estuviera completa, Gustavo no podría hacer nada contra los músculos de metal que se extendían dos metros sobre su cabeza, así que selló sus labios a los de su creación y succionó todo el halo que le otorgó en su momento. Quedó la pura cáscara fría y reluciente que sus demás creaciones cargaron tras un gesto suyo.

Llegaron justo antes de que las nubes en llamas rompieran en llanto. Gustavo atravesó la torre en lo que se evapora una lágrima. El obispo lo estaba esperando en la puerta. El río de los lamentos corría torrentoso bajo el puente sin inicio ni final, fueron hasta la catedral esquivando navajazos del viento.

—Algo está pasando en tu mundo que repercute en el nuestro. ¿La exposición salió mal?

—Todo lo contrario, salió mucho mejor de lo que esperaba. Quiero celebrar trabajando.

—¿Vamos a crear más seres? Digo, vos…

—Sí, vamos. Vos también me vas a ayudar.

Gustavo apartó cuatro de sus costillas izquierdas para rebuscarse en el departamento deshabitado que tenía en el pecho. Sus dedos recorrieron la sala, desordenaron las habitaciones y la cocina, encontró lo que buscaba en la biblioteca, entre el entramado de estantes zigzagueantes: una figurita de cera que cabía entre su índice y pulgar.

Sabía que tendría que clavarse la espina entera para que la rosa se tiñera completamente, para que alcanzara su tamaño real.

El obispo ordenó a los sacerdotes que desbarataran las montañas de bronce, fueron como hormigas para acarrear la materia prima. Las fraguas que tenían en la catedral no darían abasto. Gustavo tajeó la tierra para hacer un abismo al costado del río, lanzó escupitajos de lava hasta llenarlo. En su pequeño taller, el Herrero Mayor ya no era tan grande, no tenía envidia. Temía.

Desarmó todos los moldes y usó sus partes para construir uno más grande, que desgarraría el cielo. Su garganta era el fuelle y en cada soplo se le descuajaba el alma. El fuego se avivaba y el bronce se fundía y las arrugas recorrieron su piel, como si una hueste de bueyes pasara un arado por su cuerpo. Faltaba avivar un poco más el fuego para terminar el proceso, pero su cuerpo de hojarasca pendía de un último soplo del que no podía prescindir todavía. Tomó el cuerpo del obispo, que forcejeó en vano, y lo lanzó al fuego para alcanzar la temperatura necesaria. El contenido del molde colosal evaporó el río de los lamentos y los espíritus que contenían sus aguas vagaron en busca de refugio. El tiempo atemperó el bronce y Gustavo quebró el molde con sumo cuidado, empezó rompiendo lo que recubría los dedos de los pies y, con ayuda de la araña escaló por las pantorrillas, el torso y el cuello de su creación. Con la seda de la araña se sujetó de una de las mejillas y se balanceó para llegar a los labios, desde esa altura la cúpula de la catedral era un lejano astro que erraba por el vacío.

Quedó un momento contemplando los labios, orillas de su melancolía. Tras acariciarlos y dejar en ellos la sangre de su boca reseca, soltó su último vaho beodo, alcohol de sus besos fermentados en el tonel de la demora. Los cristales de su hígado se extendieron por el resto de sus órganos hasta que su cuerpo estalló y el polvo de cristales se perdió en el viento.

Al llegar a la última casilla había trocado peón por reina. Gustavo no vio a su creación escalar la torre de jade para llegar a la superficie, no sintió el temblor de los pies gigantescos horadando el asfalto y derrumbando edificios, no se quemó con el fuego que colgaba de los hombros de la mujer de bronce que estriaba el firmamento con su coronilla. No oyó el lamento arrepentido de un mundo que le había arrebatado todo.

PSICO KILLER

Ernesto se contentaba con tachar los pendientes de su lista. Pese a que algún que otro viejito cascarrabias consideraba que el deseo es fuente de insatisfacción, para él era todo lo contrario, fragmentaba su día en microacciones que al cumplirlas regaban su cerebro de dopamina: levantarse de la cama, poner un pie delante del otro, agarrar un cartón de leche de la última fila del estante para ponerlo en el carrito. Todas esas aparentes nimiedades suponían los ladrillos que armaban su rutina.

Valoraba que ciertos factores no los podía controlar a priori y se adecuaba después de filtrar tantas variables y las sistematizaba; veía patrones en donde otros veían caos; tenía tan calculadas todas las posibles situaciones que era capaz de bailar en la lluvia sin mojarse, esquivando las gotas con un vaivén acompasado.

El factor al que no podía adaptarse como él quería era la ley. Era una gran puerta de metal que no se podía empujar, habría que engrasarla, rodearla o buscar una ventana por la cual colarse. No es que estuviera en contra de todo el armatoste normativo, solo de aquellas reglas que le impedían cumplir ciertos pendientes: como acribillar a la vecina de enfrente por no haber separado sus desechos orgánicos de los inorgánicos o del comprador de baterías viejas que se obstinaba en desgarrar la tarde cuando alcanzaba el cenit de su tranquilidad.

Ernesto ya era un viejo jubilado, a estas alturas no se pondría a apilar fiambres en su garaje mientras se escondía de la cana. Recordó la leyenda del mago que a partir de sueños formó a su hijo en lo más recóndito de unas ruinas, pero él no tenía tanta imaginación y su mente no era capaz de retener imágenes por tanto tiempo. Poner en orden sus pensamientos le resultaba más fácil con un bolígrafo, el

sudor de sus yemas deslizándose por el plástico transparente le daba confianza, la tinta que se dispersaba a lo largo del papel le otorgaba la certeza de que algo chispeaba en su mente. Definió uno a uno los rasgos que le parecieron correctos, desde las plantas de los pies hasta el cabello encrespado. Cuando llenó unas cuantas páginas fue hasta la sala para sacudir su cuaderno encima de la alfombra, su creación fue desprendiéndose del papel, como un potrillo recién nacido.

En su alfombra yacía un hombre muy parecido a él, pero mucho más joven, tenía el cuerpo cubierto de grafemas, como el manto amniótico que cubre a los bebés. Ernesto no medió palabras con El Nuevo, le pasó una lista de tareas, en algunas especificaba cómo cumplirlas y en otras daba un marco de discrecionalidad bastante generoso, tenía curiosidad de ver cómo se las arreglaría en esos casos.

El Nuevo gozaba de lo que casi nadie podía: saber desde el primer momento cuál era el sentido de su existencia. En este caso, cinco nombres que Ernesto escribió en un *post-it*. A la primera que despachó fue a la vecina que no sabía o no le interesaba separar la basura en inorgánica y orgánica, El Nuevo guardó sus restos en bolsas verdes que el camión recolector llevó al día siguiente. El segundo fue el comprador de baterías viejas, que murió rostizado por pinzas de arranque que descargaron toda la energía en su pecho, lo encontraron con un cartel que decía «la polución sonora es un delito». Ernesto premió al nuevo dándole una cobija y un lugar para dormir en el depósito en donde guardaba todos los enseres de limpieza. Durmió sin darse vueltas; por el momento, ninguna preocupación le aguijoneaba, había hecho el trabajo tal y como se lo habían pedido. Cubierto de sangre y con solo una manta roída para cubrirse de la noche, El Nuevo tumbó.

Le faltaban tres nombres de la lista. Lo que El Nuevo tenía de común con su creador era que tachar esos nombres hacía que los

pelos de la nuca se le erizaran; sin embargo, la sangre que tenía en las manos no le salía con agua y jabón, se acumuló tanto entre sus dedos y uñas que goteó por los muebles de la casa. Tachó los tres nombres de la lista con tanta premura que le sobró tiempo para cavilar en el patio, mientras Ernesto leía el reporte detallado de cómo habían sido las muertes. El Nuevo tenía a su creador, quien aparte de darle vida le había otorgado un propósito claro, por eso es que le daba vergüenza traicionar su confianza con lo que tenía planeado. Subcontrataría a alguien que tachara los nombres de la lista, ya no quería tener las manos empapadas de sangre y otros fluidos que sus víctimas excretaban cuando él les daba fin.

El Nuevo se arrancó una vértebra y la tiró al patio con la esperanza de que germinara antes de que Ernesto volviera a la casa. Perder la movilidad en las piernas era un precio muy bajo para liberarse del yugo de su mente atribulada. Si su Dios mismo, que era Ernesto, le había dicho expresamente lo que tenía que hacer, ¿por qué se sentía tan mal al cumplir con todo lo que le mandaba? Algo en el aire de la casa lo apesadumbraba, no era la miasma que se formaba en la alfombra por el goteo de las bolsas que traía a casa para demostrar a Ernesto que había cumplido con su trabajo, era algo que le entraba por los pulmones y se estacionaba en su pecho para estorbarle el corazón.

La grava crujía frente al garaje. Ernesto bajó las bolsas del supermercado, unos pasos más y encontraría al nuevo postrado y sin las tareas cumplidas.

—¿Qué tal estuvo tu día? ¿Completaste la listita? —dijo Ernesto.

—Tuve un inconveniente…

Ernesto dejó de acomodar los víveres en la heladera. Si su único medio de sublimación empezaba a ser deficiente, tendría que hacer

las cosas por sí mismo, pero la artritis galopante ya no le permitía asir siquiera su cepillo de dientes sin que la mano se le pusiera morada.

El Nuevo se asomó como pudo a la ventana que daba al patio. Había sido un estúpido al pensar que su vértebra germinaría tan rápido, es más, ni siquiera veía dónde cayó. Ernesto asió el cuchillo para untar manteca, pero desistió enseguida. Buscó el cuaderno en el que había concebido al nuevo y se lo acercó para que el papel lo absorbiera palabra por palabra, letra por letra.

Antes de que las páginas amarillentas se convirtieran en un gran agujero negro, alguien golpeó la puerta. Ernesto no esperaba a nadie, hace tiempo había desistido de las citas con las viejas del bingo y El Nuevo no conocía más que el deber. Se miraron dubitativos, pero al final abrieron la puerta.

—Por fin abren, loco. Me estaba cagando de frío. Vi que acá cargan los fiambres del barrio. Quiero saber si puedo dejar un par antes de que la cana me agarre de las bolas. ¿Hay que pagar una cuota o cómo es la cosa? No importa lo que después hagan con los cuerpos, eh, tema suyo ya. Yo no juzgo.

Al nuevo se le aclararon las cosas: el tipo que tenía en frente era fruto de su vértebra, hijo de su caracú mismo. Ernesto se ajustó el buzo de entrecasa y se fue a buscar la 9 mm que tenía al lado de la avena y del edulcorante de *ka'a he'ẽ*, no le importaba que después el dedo índice le doliera como si se lo hubiese frotado con lana de vidrio, no le molestaba que el desconocido tuviera un par de fiambres apilados frente a la puerta de su casa, le molestaba la frescura con la que se presentó, como dando por seguro que sería bienvenido de buenas a primeras. Ernesto apuntó al centro mismo de la panza. No

pretendía ser Clint Eastwood: de un tiro en la panza no se salvaba nadie, aunque tardara horas retorciéndose en la alfombra.

—¿Cómo te llamás, payasito?

—¡HERNESTO! —gritó El Nuevo.

—¿Qué decís, estúpido? —dijo Ernesto.

—Hernesto. Se llama Hernesto… como su abuelo.

Al nuevo se le revolvió el estómago. El nacimiento de su hijo suponía su salvación. A partir de ahora podía transferir todo el peso del deber en su hijo, desprenderse de su propósito era arrancarse la piel para dar paso a la evolución.

—Qué nieto ni qué nada si yo no tengo hijos, estúpido.

—Es mío, es mi hijo.

—¿Tu hijo va a ser este? Si ya le ralea el pelo en la coronilla.

—No me llamo Hernesto, pero si quieren que me llame así, hacemos trato y dejo los fiambres en la sala. ¿Está?

—Yo lo creé, igual que vos me creaste.

—Mientras discuten me preparo un sándwich, no me hagan caso que yo me rebusco solo.

—¿Cómo y para qué lo creaste? Yo no te mandé eso.

—Para que haga las tareas que me mandaste. Mirá lo eficiente que es, llenó la sala sin que le pidiéramos nada.

Ernesto caminó entre los cuerpos y los midió con la mirada. Tenía en su sala una colección variopinta, a algunos los conocía de vista, por habérselos cruzado en el supermercado o en la fila del banco. Fue a la cocina, tal vez El Nuevo estaba diciendo la verdad. Tenía frente a él al hombre que le hubiese gustado ser, impulsado en su totalidad por la violencia atávica, sin darle cabida a los cánones morales. Tal vez sí era estirpe suya.

Ernesto arregló la habitación de huéspedes para que su nieto pudiera acomodarse a gusto. Mientras El Nuevo seguía en el depósito, cubriéndose con su manta roída. Como padre, se sentía orgulloso de que su hijo cumpliera tan bien con el oficio de la familia y que, en consecuencia, su abuelo lo consintiera dándole una habitación. Pero ahora que ya no era «El Nuevo» ni cumplía la función para la cual lo habían creado, cada bocanada de aire le parecía una estafa que le hacía a su padre. Quedó sin un rol que ejercer dentro de su casa y la verdad es que no sabía hacer nada más. Por lo que se escondió entre las sombras de los muebles y cada vez que su padre pasaba cerca suyo sujetaba su respiración para que no notara su presencia. Su hijo y su padre eran espejos uno del otro: Ernesto le daba toda la teoría a su nieto y este le completaba las listas como quien recita el abecedario cantando.

En un principio, se escabullía hasta la cocina cuando su padre y su hijo no estaban en la casa y agarraba un mendrugo que comía miga a miga para alargar el alimento. Pero él no había hecho nada para merecer esa comida, cada gramo que se adhirió a las paredes de su estómago se pudrió, y la colonización fúngica avanzó galopante por todos sus órganos, hasta dejarlo tieso y pegado a un rincón de la casa, donde la humedad era suficientemente elevada para que las hifas que salían de sus poros crearan una red densa y vasta que lo cubría.

—Tu hijo es un genio. Llena la sala y los pasillos de fiambres, ni en mis peores ataques de ira pensé en cargarme a tantas personas, y lo hace con tanta soltura, tan relajado, que hasta parece no importarle. Es natural en él, como si estuviera tomando un vaso de agua. Lo hiciste a la perfección —dijo Ernesto al Nuevo, cuando pasó a su lado—. Por otro lado, me alegra que hayas sido *hechakuaa* y te hayas relegado a este estado vos mismo. Te diste cuenta de que ya no servías y te hiciste a un lado sin que te lo pidiera. Te lo agradezco.

El Nuevo movió sus labios para romper los hongos que le tejían la boca, en lo que pensaba en una respuesta.

—¿Cómo lo creaste, eh? ¿Cuál fue el proceso de sublimación que elegiste? ¿Lo escribiste en un papel o lo dibujaste en un lienzo?

—Me arranqué una vértebra y la tiré al patio para que germinara.

—Mmm. Curioso. No sabía que la jardinería era un método de sublimación. Contigo lo hice con bolígrafo y papel para medir lo máximo posible todos tus rasgos. No es que me haya alegrado demasiado el resultado, pero por lo menos no saliste como un demonio irrefrenable. Supongo que lo podaste con minuciosidad, como si fuese un bonsái.

—No, simplemente me arranqué una vértebra y la tiré al patio. Nada más.

—Pero tendrías que haber esperado meses…

—No, tardó menos de lo que te lleva hacer las compras en el súper.

El piso retumbó, como si un mamut tratara de sacudirse los piojos. Alguien disparó dos veces en la calle. Los disparos no habían hecho que el piso se sacudiera, pero Ernesto fue hacia lo que al menos podía identificarse. Se asomó un poco por las cortinas que daban a la vereda. Dos policías tenían inmovilizado a Hernesto: uno le sujetaba los brazos, el otro le apoyaba la rodilla en la nuca.

—Este hombre dice ser su hijo, señor —le dijo el policía, que lo vio asomarse por la ventana.

Ernesto salió para confrontarlos.

—Es mi nie…— Ernesto se lo pensó mejor—. ¿Por qué lo tienen agarrado?

—Trató de refugiarse en su casa. Lo buscamos hace meses.

El asfalto retumbó y sus llagas de alquitrán se ensancharon.

—¿Qué tiene en la casa, abuelo? ¡¿Qué fue esa explosión?!

Ernesto entró a su casa y llaveó la puerta. No dejaría que la cana le pusiera las manos encima, él ni siquiera se había manchado las manos, fueron los otros. Buscó una silla para trancar el picaporte. Los policías se estaban acercando para allanar su casa, pero se frenaron de golpe para mirar hacia arriba y luego corrieron en sentido contrario. Lo que más le sorprendió a Ernesto fue que su nie… eso que El Nuevo había traído a casa, corrió con todas sus fuerzas en la misma dirección que los policías.

Ernesto fue junto al nuevo para preguntarle qué estaba pasando. Tenía que saber en qué estuvo pensando cuando se arrancó la vértebra y la lanzó a la tierra. El Nuevo palpitaba en su rincón, totalmente

cubierto de hongos que desprendían esporas. Ernesto no iba a poder sacarle la más mínima información, ni si le abría los labios con un serrucho. Fue al patio para verlo por sí mismo, pero un ojo cubría la puerta.

EL SOL EN MIS VIDRIOS ROTOS

Cuando mi cuerpo dejó de funcionar, me pusieron en un robot. No del tipo con los cuales Sarah Connor tenía que lidiar, sino de esos que son de plástico y tienen en su espalda un botón de encendido/apagado. A mi familia no le daba para más. Supe de casos de mentes que habitaban en praderas inmensas, con cielos anaranjados que se concentraban en una memoria que cabía en la superficie de un alfiler, como si fuesen pokemones.

Uno nunca está conforme con su suerte, ¿verdad? De haber vivido en otra época hubiese muerto sin más. Todos me repiten que hay que agradecer, no sé si a alguien en específico, al azar de haber nacido en este tiempo o a los científicos que incineran sus neuronas tratando de meterse las reglas de la realidad en el bolsillo. El receptor del agradecimiento era indeterminado, porque mi familia no quería pronunciar el nombre de Dios por temor a que la lengua se les saliera de la boca y empezara a andar por calles y avenidas para difundir la palabra.

Pese a toda la insistencia, no estaba agradecido. Ni siquiera podía oler el plástico caliente de mi cuerpo al estar unos cuantos minutos al sol, con los pájaros en frente dando vuelos en patrones bastante sospechosos. Podría jurar que es la misma abeja la que se posa todos los días en el girasol que está frente a mi casa, un ronroneo sale de su aguijón, similar al motor de un fusca.

La señora Susana vino a visitarme. La semana pasada cumplió ciento dieciséis años y el cuerpo que le mandaron hacer es el que tenía a los cuarenta y tres. Me aseguró que ese fue su mejor año. Su casa

está frente a la nuestra y me pregunto por qué la de ella es significativamente más austera; sin embargo, ella tiene músculos y tendones sintéticos y yo brazos de plástico sin codos. Tal vez haya juntado la mesada que sus padres le daban, durante décadas, previendo su traspaso a un cuerpo digno.

No entiendo bien cómo funciona la administración del hogar, y ya no voy a poder entender esa materia, porque si meto más información a mi cabeza, tendré que eliminar otros archivos que no quiero que paren en la papelera: como el recuerdo de la vez que Aurora rozó mi mano por error y la sangre se me agolpó tanto en la cabeza que los oídos estuvieron por reventarme. Digo que no entiendo la administración del hogar porque yo estoy acá, en unos cuantos centímetros cúbicos de plástico y a mi hermano le regalaron el cosmos comprimido en un dado para que pudiera apreciar los cuásares sin tener que surcar el universo.

Hice una copia de los rizos de Aurora en PNG, recorro cada píxel, caigo en una avalancha de fuego castaño que ondea a través de mi memoria. Para que cupiera la imagen en máxima resolución, tuve que eliminar el nombre de mi madre. Al nacer tuvo que cargarme en brazos y ahora quepo en una sola de sus palmas. Me lleva hasta el marco de la ventana en un acto de supuesta bondad, para que aprecie cómo el sol sale por un lado y se esconde por el otro. El olor del pasto recién cortado tras haber sido empapado por el rocío ya no me llega. Del olor recuerdo su definición: emanación de los cuerpos capaz de ser percibida por el sentido característico situado en la nariz. Soy Orfeo en el templo escondido en la isla de Lesbos, pero sin lengua. Elimino estos datos.

Borro de mi memoria el recuerdo de mi padre despidiéndose de mí antes de subir a su módulo de comando para emprender su expe-

dición al borde del cosmos. Ocupo ese espacio con un recorte de los ojos de Aurora, me ahogo en el vasto matorral de su iris, dejo que sus párpados me aplasten.

Mi hermano se tragó el dado luego de ver en una de sus aristas que papá se encontraba flotando hacia un agujero negro. La información infinita colapsó en su estómago y murió asfixiado por la espuma de mil nebulosas. Sospecho que mamá robó el dado a Carlos Argentino Daneri en uno de sus encuentros amorosos.

Borro de mi memoria todos los recuerdos de mi familia.

Una mujer me agarra del brazo y me pone en el marco de la ventana, de cara al sol de la mañana. En el reflejo del vidrio están sus pies oscilando en el vacío y un niño dormido bajo ese vaivén. Un péndulo de carne impulsado por los músculos del viento. Un cuerpo de plomo que se ancla en la alfombra de la sala.

La brisa me besa la nuca, o en el resquicio entre el cubo de plástico que es mi cabeza y el paralelepípedo que es mi tronco vacío. El impacto con las baldosas de la vereda me divide en partes y luego de que el tiempo se arrastrara cansino por la cuadra, un hombre con guantes de cuerina me tira a la tolva de un camión y una tonelada de residuos me enceguece por completo.

Borro de mi memoria las pirámides y las medallas, los continentes y las caras, el pasado vuelto polvo en un tarro de leche, el último poniente se desvanece tras el canto del último pájaro. Veo el entramado de mi mente y elimino las palabras que sobran.

```
#include <iostream>

int main() {
```

```
while (true) {

std::cout << "Aurora" << std::endl;

}

return 0; //

}
```

NOTAS PRESTADAS

Faltaban dos semanas para el festival y aún no tenía finalizada la canción. Al ponerse frente al pentagrama sus neuronas corrían para esconderse. Trató de alimentar su creatividad mirando películas, leyendo libros y visitando lugares a los que nunca había ido. Se despertaba a las tres de la madrugada para pescar un sueño, quería copiar a Dalí con la llave, pero su plano onírico estaba más vacío que su cuenta bancaria. Fue mirando el techo, desesperado por las deudas en metástasis, que una melodía se le presentó. Tenía cadencia, la potencia justa y no se le parecía a ninguna otra que hubiese escuchado, pero no podía apreciarla en forma por culpa de Carla.

—¡Hey, Carla! Tus ronquidos de vuelta, ponete de costado, así me dejás dormir.

Carla le zampó un beso para dar por terminada la situación; no le gustaban los conflictos, mucho menos con su novio. De lo que ella no se daba cuenta, o no quería darse por enterada, era que Nelson no la dejaría ni aunque tuviera un amplificador a transistores en la garganta, porque la que pagaba el alquiler era ella. Se dio vuelta y se puso en una esquinita de la cama para dejar dormir a Nelson.

Él fue a la cocina para ver si cazaba la melodía, le culebreaba en la memoria y no encontraba su celular para anotarla. Volvió a la habitación para buscarlo en su mesita de luz y la escuchó otra vez, un poco difusa. Parecía venir de debajo de la frazada, de entre los rizos de Carla. Le apartó el pelo y las notas salieron nítidas entre ronquido y ronquido. Las anotó al momento. El patrón que se repetía apenas le daba para un riff, un riff que haría que Slash se metiera la *Les Paul* en lo más recóndito de su pantalón de cuero, pero con eso no le alcanzaba para una canción.

Tenía que haber más. Pegó la oreja a la nuca de Carla y le pareció escuchar algo. A su lado estaba la gallina de los huevos de oro. No quedaba mucho tiempo para que sonara la alarma. Trajo de la cocina el cuchillo con la sierra menos gastada y destapó el cráneo de Carla como una lata de arvejas. Las notas saltaron de un lado a otro, cada una con un color característico. Esto debía de hacerse a la antigua: armó su atril y en pentagramas impresos fijó las notas con alfileres, en los lugares que correspondía. Trajo la guitarra y ensayó casi hasta el amanecer. Esa era LA CANCIÓN. Se acordó de taparle el cráneo a Carla justo antes de que sonara la alarma.

—Dormí remal —dijo ella—. Me duele la cabeza y siento que me olvidé de algo.

—Tenés que ir al médico para que revise el tema de tus ronquidos. Por eso es que no dormís bien, ni tampoco yo.

Carla se olvidó de su malestar y le preocupó el aspecto de Nelson. Se veía soñoliento, las yemas de su mano izquierda estaban blancas.

—Tocaste toda la noche, ¿verdad?

—Sí, por fin se me ocurrió algo. Una canción completa en una sola noche.

El día del festival, a Nelson le sudaban las manos y tenía los pelos de puntas. Una bola de ácido daba vueltas en su estómago, pronta a salir ante el menor descuido. Se tranquilizó pensando en lo que podría ganar. En el escenario, los reflectores eran tan fuertes que no le dejaba ver al público. Imaginó que estaba solo en el teatro, que a su alrededor estaban nada más los amplificadores y su pedalera de efectos. Alguien podría haber dicho que Joe Satriani ahora tenía una gran cabellera o que había poseído a Nelson en la presentación. La última

nota fue como el lamento de una madre que perdió a sus hijos y, tras un breve silencio, el público prorrumpió en vítores y aplausos que lo ensordecieron, entre una palmada y otra se escuchaba a alguien sorbiéndose los mocos, conmovido.

Que le darían el premio era algo obvio. No quería verse ansioso y soberbio; disimulaba mirar distraído cada rincón del teatro y evitaba los ojos de sus nuevos fanáticos. El cheque era más grande de lo que esperaba. Tuvo que usar toda la fuerza de sus pulgares para sostenerlo cuando le sacaron la foto para la revista. Aprovechó el tamaño del cheque para tapar todo lo posible a la pobre Carla, que se había colocado como una rémora a su costado y lo llenó de besos que él no supo esquivar.

Esto podría ser el inicio de algo mucho más grande, porque no había sido solo una buena presentación. Arriba del escenario, sus dedos se impulsaban por motores a combustión de demonios. No recordaba haber hecho ningún pacto, sin embargo, un olor a chamusquina le colmaba la nariz ¿Así olía la fama y el éxito?

—¿Algo se está quemando?

—Se quemó un poco el bife. ¿No lo diste vuelta cuando me fui al baño?

—Todo yo, che. Dejame descansar, que me duelen las manos.

—Con la plata que ganaste podrías invitarme a ir a cenar a algún lado. Digo, no sé. No seas tan ratón, gordo.

En lo último en lo que Nelson pensaba gastar su dinero, era en Carla. Pensó en lo que le quedaba, no podría malgastarlo porque nadie le aseguraba que su éxito persistiría, podría ser algo fugaz, apenas

un destello en su mediocridad perenne. Tener que volver a dar clases de música sería el peor de los castigos, enseñar era una afirmación diaria de que había fracasado. Cuando estaba a punto de llorar, sonó su celular. Debía ser alguno de sus cobradores.

—¿Con el señor Nelson?

—Sí. ¿Quién habla?

—Soy representante de Mbaraka Records. Queremos tener una reunión con usted lo antes posible.

La voz al otro lado del celular le prometió grabar un disco, viajar al exterior y un contrato de un año para dar conciertos en todos los escenarios importantes del país. Sonaba demasiado bueno para ser verdad. Nelson le dijo al fulano que lo volviera a llamar mañana y el otro aceptó en un tono menos efusivo que el que tuvo al saludarlo, la llamada se cortó y no supo si había actuado bien. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que lo citaran a una dirección alejada de la civilización y que le sacaran los órganos para venderlos en el mercado negro? Valía la pena correr el riesgo. De todas formas, se metería un corchazo si en un año más su vida no pegaba un volantazo.

Revolvió sus cajones. Tenía un centenar de canciones a medio terminar, que podrían servir para prender el carbón del asado o para limpiarse el culo cuando ya no tuviera dinero para comprar papel higiénico.

Nelson tenía que llevar a Carla a la cama. No para revolcarla, sino para destaparle la sesera y ver qué había de nuevo. Le ardía el orgullo que su imaginación fuera tan impotente que no pudiera hilar dos notas, pero nadie sabría cuál era su fuente. Tuvo que hacer que Carla se durmiera entre arrumacos y estocadas. Cuando su respiración se

convirtió en el motor de una desmalezadora, Nelson trajo el cuchillo carnicero que compró del supermercado. El cuchillo sería, a partir de ahora, su activo productivo, porque si debía grabar un disco necesitaría repetir el proceso al menos once veces más.

Esta vez procedió con pulso firme, siguió la raya blanca que quedó luego de la última intervención. Puso la tapa del cráneo en la almohada y sacó las notas que se acurrucaban como salamandras bajo las rocas húmedas. Las juntó en una bolsa y fue hasta el atril, las desparramó sobre el pentagrama impreso y ellas solas se colocaron donde debían ir, con la distancia justa. Sabía por instinto qué lugar y duración les correspondía en el universo.

Leyó en *Los seis rayos de plata* que Mangoré tenía una bolsa llena de piedritas y que cada vez que lograba tocar un tema a la perfección, retiraba una piedra de la bolsa y no dejaba de practicar hasta vaciarla. Buscó entre las cosas de Carla algo que le sirviera para el efecto. Encontró su caja de alhajas, la que su madre le había dejado en herencia antes de que el páncreas se le disolviera. Sacó una alhaja por cada tema ejecutado a la perfección y cuando el sol se asomó por la ventana ya había logrado vaciarla. Se guardó todas las joyas en el bolsillo.

Se olvidó que había dejado a Carla con el cerebro destapado. La encontró con la masa encefálica reseca por el viento. Faltaban apenas cuarenta segundos para que sonara la alarma y se apresuró a ponerle la tapa del cráneo.

—Cada vez más jodidos estos dolores de cabeza. Siento como si hubieran revuelto mi mente con un cucharón de madera.

—Será el bruxismo el que no te deja dormir como corresponde —le dijo Nelson—. Te dejé una taza de café sobre la mesa. Me tengo que ir a una entrevista con un tipo de una disquera.

Salió sin que ella pudiera preguntarle nada más. A las pocas cuadras le llegó un mensaje que decía «Buena suerte. ¡Confío en vos», y cuadras más adelante otro que decía «¡ME ROBARON LAS JOYAS!». Nelson le respondió que seguramente había sido la empleada doméstica que Carla contrató por un par de semanas, también le dijo que la próxima tuviera más cuidado, porque podrían haber robado algo mucho más valioso. Como su guitarra, por ejemplo.

El GPS lo llevó a un callejón mohoso, en donde había depósitos con las cortinas de metal cerradas. En uno de ellos un cartel rezaba: «Aquí es la entrevista». Nelson golpeó tres veces y nadie lo atendió, estuvo a punto de retirarse, pero tuvo la osadía de levantar la cortina de metal e ingresar, no sin antes anunciarse. El depósito estaba oscuro, lo único luminiscente eran unas flechas verdes en el suelo, que lo llevaron hasta una puerta que no tenía más de un metro de altura. Había avanzado tanto que le daba más miedo retroceder que entrar, tocó la puerta tres veces y ahora sí le respondieron.

—¡Adelante, por favor!

Nelson entró agachado a una oficina que parecía haber sido diseñada para un liliputiense.

—¿Es acá la entrevista?

—Sí, por supuesto. Gracias por la puntualidad, señor Nelson. Estábamos ansiosos de verlo. Tome asiento, por favor.

El hombrecito calvo, que como mucho mediría medio metro, había dicho «estábamos», pero Nelson no veía a nadie más en la oficina. Su entrevistador vestía un traje a medida, que bien podría haberse hecho con una servilleta, lo único de tamaño normal era su cabeza, que pendía de su delgado cuello como una sandía de su rama.

—Vayamos al grano, señor Nelson. Necesitamos el disco para mañana y esto es lo que le ofrecemos.

El hombrecito soltó sobre la mesa un maletín cuyo contenido relucía tanto que Nelson no podía ver lo que había dentro.

—Bueno, hasta ahora solo tengo dos temas para el disco. ¿No me pueden dar más tiempo?

—No, no, no. Me trae mañana el disco completo o no hay trato. Esa es nuestra oferta. Si no viene mañana a esta misma hora daremos por hecho que no está interesado y ya no le molestaremos.

El hombrecito empujó a Nelson hasta una rejilla que estaba en el rincón de la oficina, por la que tuvo que arrastrarse para salir a la calle.

¿Un solo día? No conocía a nadie que hubiera compuesto un disco en un solo día. En el mejor de los casos, cuando la inspiración torrentosa aplastaba a los artistas, se componían discos en dos o tres meses. Pensó en no volver a la oficina del hombrecito, pero el brillo del maletín no salía de su mente. Tal vez ese era el resplandor del paraíso, el arcoíris que lo llevaba a la vida con la que siempre había fantaseado y el precio que le pedían no era tan alto. ¿O sí?

—Amor, ¿qué tal te fue a la entrevista? ¡Estás todo sucio! ¿Qué te pasó? —preguntó Carla.

—Me fue bien. Me caí en la calle, por eso la suciedad.

—Sacate la remera, voy a meterla en el lavarropas. Contame qué te dijeron.

—Tengo que entregar el disco mañana o no hay trato.

—¿Cuántos temas tenés hasta ahora?

—Dos.

Nelson no escuchó los rezos de aliento que le dio Carla para que terminara el disco en lo que le quedaba de tiempo. No podía apartar su mirada de la línea amarilla que circundaba su cabeza, en el lugar preciso en el que él había cortado el hueso. La marca se le estaba infectando y corría el riesgo de que la incipiente podredumbre se extendiera hasta la fuente de sus canciones.

Nelson comió en silencio y se cepilló en silencio. Se acostó al lado de Carla sin decir una palabra y miró los tejuelones del techo, por algunos se filtraba la humedad hasta formar manchas de moho que amenazaban con crecer indefinidamente. Al primer ronquido de Carla, se levantó de la cama para traer su cuchillo. El tiempo apremiaba. Al primer corte el pus le salpicó en los ojos y se limpió con el borde de su remera para continuar con su labor. Encontró a las notas multicolores jugando a los naipes, cuando lo vieron, corrieron para esconderse alrededor del tallo raquídeo. Nelson tuvo que usar un cucharón de madera para sacarlas de su cuenco, las acribilló con alfileres para que no escaparan y las fijó en los pentagramas antes de que fueran las tres de la madrugada.

Manchó el disco con sus dedos ensangrentados. En ese pequeño pedazo de plástico se concentraba un tifón de lamentos melódicos, almas que pugnaban por romper los barrotes de una prisión de lava. Su computadora se quemó luego de haber grabado todas las canciones, así que la única copia existente era la que tenía entre las manos. El tiempo apremiaba una vez más, como el día anterior, como siempre, respirándole en la nuca, recordándole que cada paso era hálito perdido, el descenso involuntario. El cerebro de Carla estaba

desparramado sobre el colchón, como un flan desfondado, lo juntó apresurado y le tapó el cráneo, sin atender si lo había puesto del lado correcto.

—Pensé que ya no estaría acá. Pensé que no llegaría a tiempo —dijo Nelson, sofocado.

—Llegó a tiempo, señor Nelson. Deme el disco. Ya.

El hombrecito recibió el disco como si fuese el santo grial. Lo observó con una lupa, lo metió en un discman, de esos que usaban en la prehistoria, y asintió ceremonioso.

—Sí, es lo que esperábamos. Ahí tiene el maletín. Lléveselo.

—Tengo una sola copia. Lo que tenía grabado en la computadora se perdió. Tienen que hacer una copia de seguridad. ¿Me la pueden compartir? No entiendo por qué debía traer el álbum en ese formato.

—Ahí está el maletín, señor Nelson. Agárrelo y váyase al diablo.

El hombrecito lo empujó impaciente hasta la rejilla. Nelson quiso protestar porque no podría pasar con el maletín a cuestas, pero el hombrecito lo empujó con una mopa hasta sacarlo a la calle. Nelson quiso volver a entrar para cantarle las cuarenta a ese enano del infierno, sin embargo, tras la rejilla de salida solamente se veían las aguas negras que se deslizaban por debajo de la ciudad. Dio vuelta a la manzana y tampoco encontró el callejón.

Carla seguía durmiendo, con los ojos semiabiertos y la respiración entrecortada. De su boca manaba un hilillo de baba que encharcó las sábanas. Nelson la bajó al suelo para poner el maletín sobre el colchón. Le temblaban las manos. Los dientes secos por tragar tanta

saliva. Desprendió los broches y tuvo ante sí lo mismo que obnubiló a Vincent Vega. No sintió sus dedos chamuscarse cuando lo sacó del maletín.

Ahora Nelson vive en una mansión y duerme al lado de una hermosa modelo. Carla vive en un hospicio desde que decidió dejar de pensar, nadie más se da cuenta de que un tajo grueso le circunda la cabeza. Él la visita de vez en cuando, tal vez por su inmensa bondad o porque teme que se despierte. Tiene en la sala de su mansión un reloj de cuco que sale a pasearse todas las noches a las tres de la madrugada. Sí, pudo viajar por el mundo, porque el dinero le sobra, pero no pudo dar conciertos por todo el país porque las puntas de sus dedos se carbonizaron, algo que reclamaría cuando le quisiesen cobrar su parte. Se contenta con hacer sonar una batería, repite a la perfección los ejercicios de ritmo, como si tuviese un metrónomo entre oído y oído, pero no se le ocurre ningún ritmo nuevo.

La otra noche, cuando el reloj de cuco salió a dar su paseo, Nelson escuchó un ritmo potente, con la cadencia justa, un ritmo que nunca había escuchado. Venía desde un rincón de la cama, debajo de las frazadas.

ÍNDICE

A.G. 7

Sueños enquistados 8

Hijos de la tierra 16

Desmemoria 24

El hombre al otro lado de la luna 29

La Sombra 39

Bunker 48

Arrorró 55

Cuero en cera perdida 64

Psico Killer 73

El sol en mis vidrios rotos 82

Notas prestadas 86

Impreso en Asunción, en noviembre de 2025.